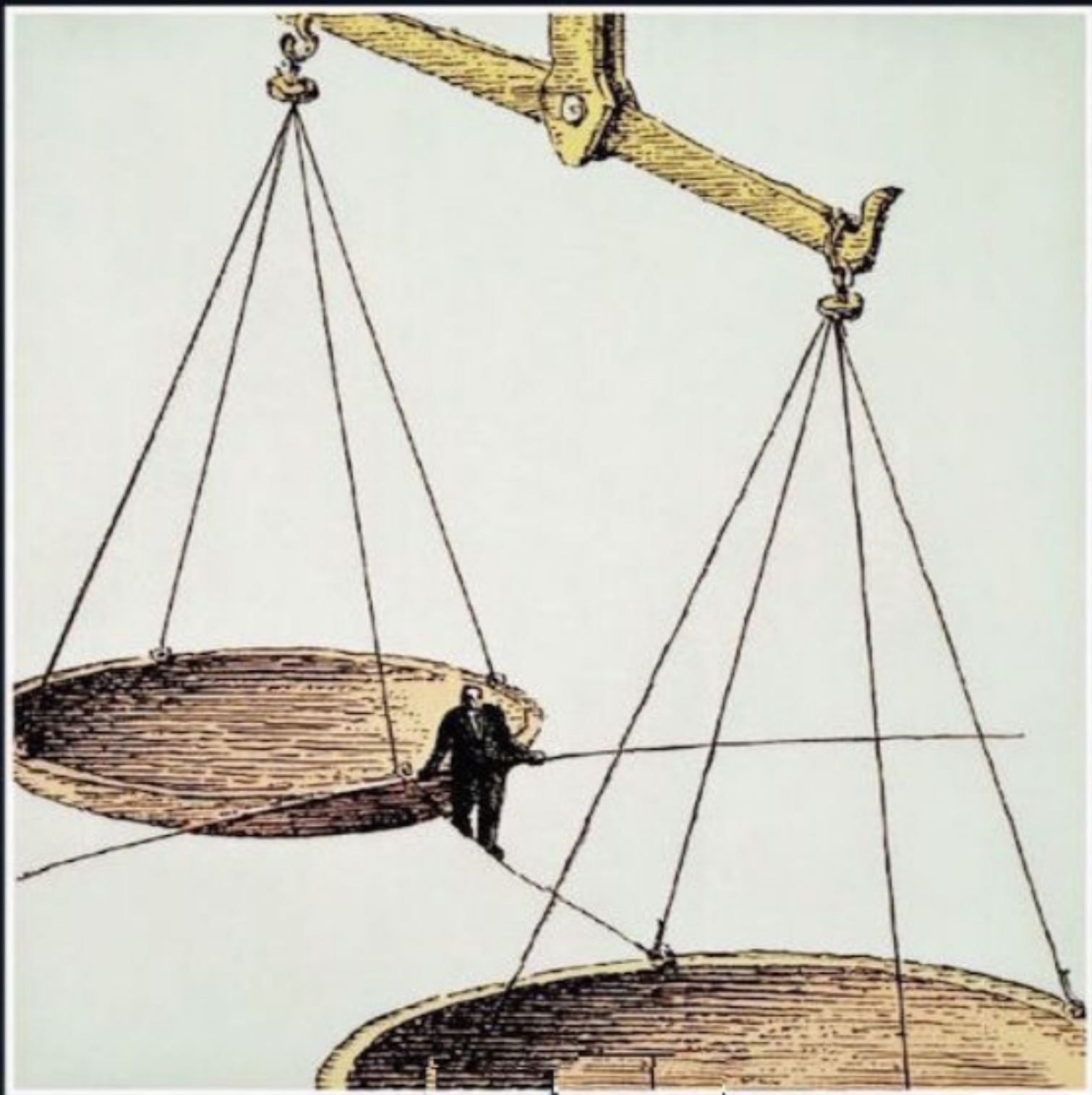


Leonardo Sciascia

EL DÍA DE LA LECHUZA



En la plaza del pueblo siciliano de S., Salvatore Colasberna, socio de una pequeña empresa contratista y antiguo albañil, es asesinado cuando está a punto de subir al autobús que se dirige a Palermo. Los pasajeros se apresuran a huir, y nadie ha visto nada, o eso dicen. Pero las circunstancias de su muerte parecen cada vez más complejas y puede que la misteriosa desaparición del campesino Mendolìa guarde relación con el caso. El joven capitán de los carabinieri de C., Bellodi, expartisano procedente de la ciudad de Parma, será el encargado de llevar a cabo la investigación y de rasgar con su empeño el silencio plomizo de toda una sociedad. Sus lúcidas investigaciones pueden llevarle a un callejón sin salida o alejarle para siempre de sus ideales de justicia tras descubrir las graves implicaciones políticas y económicas del entramado mafioso que la omertà protege.



Leonardo Sciascia

El día de la lechuza

ePub r1.0

Sibelius 15.08.15

Título original: *Il giorno della civetta*

Leonardo Sciascia, 1961

Traducción: Juan Ramón Azaola

Editor digital: Sibelius

ePub base r1.2



... como la lechuza,
cuando de día aparece.

Shakespeare, *Enrique VI*

El autobús estaba a punto de arrancar, retumbaba sordamente entre repentinos carraspeos y sollozos. La plaza estaba silenciosa en el gris del alba, hilachas de niebla entre los campanarios de la Matrice: sólo el retumbar del autobús y la voz, implorante e irónica, del vendedor de tortas, «tortas calientes, tortas». El cobrador cerró la puerta, el autobús arrancó con un fragor de chatarra. El último vistazo que el cobrador echó a la plaza captó al hombre vestido de oscuro que llegaba corriendo; el cobrador le dijo al conductor «un momento» y abrió la puerta con el autobús todavía en marcha. Se oyeron dos disparos desgarrados: el hombre vestido de oscuro, justo cuando iba a saltar al estribo, quedó suspendido por un instante, como si una mano invisible le tirase del pelo; se le cayó la cartera de la mano y, lentamente, sobre la cartera se desplomó.

El cobrador blasfemó: se le había vuelto la cara del color del azufre, temblaba. El vendedor de tortas, que estaba a tres metros del hombre que había caído, comenzó a alejarse, moviéndose como un cangrejo, hacia la puerta de la iglesia. En el autobús nadie se movió, el conductor estaba como petrificado, la mano derecha sobre la palanca del freno y la izquierda sobre el volante. El cobrador miró a todas aquellas caras que parecían caras de ciegos, sin mirada; dijo: «le han matado», se quitó la gorra y comenzó a pasarse frenéticamente la mano por el pelo; volvió a blasfemar.

—Los carabineros —dijo el conductor—, hay que llamar a los carabineros.

Se levantó y abrió la otra puerta.

—Ya voy yo —le dijo al cobrador.

El cobrador miraba al muerto y después a los viajeros. Había también mujeres en el autobús, viejas que todas las mañanas cargaban sacos de tela blanca, pesadísimos, y cestas llenas de huevos; sus ropas desprendían olor a alholva, a estiércol, a leña quemada; acostumbraban a lamentarse y a imprecicar, ahora estaban en silencio, los rostros como desenterrados de un silencio de siglos.

—¿Quién es? —preguntó el cobrador, señalando al muerto.

Nadie respondió. El cobrador blasfemó, era un blasfemo famoso entre los viajeros de aquella línea, blasfemaba con inspiración; ya le habían amenazado con el despido, pues era tal su afición a la blasfemia que ni hacía caso de la presencia de curas y monjas en el autobús. Era de la provincia de Siracusa, en materia de asesinatos tenía poca experiencia: una estúpida provincia, la de Siracusa; por eso blasfemaba con más furor que de costumbre.

Llegaron los carabinieri, negra la barba y negro de sueño el brigada. La aparición de los carabinieri resonó como una alarma en el letargo de los viajeros: y, detrás del cobrador, por la otra puerta que el conductor había dejado abierta, comenzaron a bajar. Con aparente indolencia, dándose la vuelta como si buscaran la distancia adecuada para admirar los campanarios, se iban alejando hacia los bordes de la plaza y, después de una última mirada, se escabullían. El brigada y los carabinieri no prestaban atención a aquella lenta fuga dispersa. Alrededor del muerto había ahora unas cincuenta personas, los obreros de un taller-escuela, a quienes les parecía mentira haber encontrado un argumento tan bueno con el que arrastrar el ocio durante ocho horas. El brigada ordenó a los carabinieri que despejaran la plaza y que hicieran volver al autobús a los viajeros; y los carabinieri empezaron a empujar a los curiosos hacia las calles que daban a la plaza; empujaban y pedían a los viajeros que fueran a ocupar sus asientos en el autobús. Cuando la plaza se quedó vacía, vacío quedó también el autobús; sólo el conductor y el cobrador estaban en él.

—¿Es que hoy no viajaba nadie? —preguntó el brigada al conductor.

—Alguien había —contestó el conductor con expresión desmemoriada.

—Alguien —dijo el brigada— quiere decir cuatro, cinco, seis personas: yo no he visto nunca salir a este autobús con un solo asiento vacío.

—No sé —dijo el conductor, estrujándose la mente en su esfuerzo por recordar—, no sé: digo alguien por decir; claro que no eran cinco o seis, eran más, puede que el autobús estuviera lleno... yo no miro nunca la gente que hay: me siento en mi sitio y adelante... Sólo miro a la carretera, me pagan por mirar a la carretera.

El brigada se pasó por el rostro una mano tensa por los nervios.

—Entendido —dijo—, tú solamente miras a la carretera; pero tú —y se volvió enfurecido hacia el cobrador—, tú cortas los billetes, coges el dinero, das el cambio: cuentas las personas y las miras a la cara... Y si no quieres que te lo haga recordar en el calabozo, me vas a decir ahora mismo quién estaba en el autobús, por lo menos me vas a decir diez nombres... Hace tres años que estás en esta línea, desde hace tres años te veo todas las tardes en el café Italia: conoces el pueblo mejor que yo...

—Mejor que usted nadie puede conocer el pueblo... —dijo sonriendo el cobrador, como protegiéndose con un cumplido.

—Está bien —dijo el brigada sonriendo con malicia—, primero yo y después tú, está bien... Pero yo no estaba en el autobús, porque me acordaría de los viajeros que había uno por uno; así que te toca a ti, por lo menos a diez me los tienes que nombrar.

—No me acuerdo —dijo el cobrador—, por el alma de mi madre, no me acuerdo; en este momento no me acuerdo de nada, me parece que estoy soñando.

—Yo te despierto, vaya si te despierto —se enfureció el brigada—, con un par de años en el calabozo verás como te despierto... —pero se interrumpió para ir al encuentro del juez municipal, que llegaba.

Y mientras informaba al juez sobre la identidad del muerto y la huida de los viajeros, mirando al autobús tuvo la sensación de que algo estaba descolocado o que faltaba: como cuando una cosa de pronto se echa de menos entre nuestros hábitos, algo que, por el uso o por la costumbre, se detiene en nuestros sentidos y deja de llegar a la mente, pero cuya ausencia genera un pequeño hueco de extravío, como una intermitencia de luz que nos exaspera; hasta que la cosa que buscamos de pronto vuelve a cuajar en la mente.

—Falta algo —dijo el brigada al carabinero Sposito, quien, con su diploma de contable, era la columna principal del cuartel de los carabineros de S.—. Falta algo, o alguien...

—El vendedor de tortas —dijo el carabinero Sposito.

—¡Santo cielo: el vendedor de tortas! —dijo exultante el brigada, y pensó que en las escuelas patrias «no se lo dan al primero que llega, el diploma de contable».

Enviaron a un carabinero a la carrera para atrapar al vendedor de tortas; sabía dónde encontrarlo, pues tras la salida del primer autobús solía ir a vender sus tortas calientes al atrio de las escuelas elementales. Diez minutos después, el brigada tenía ante sí al vendedor de tortas: el rostro de un hombre sorprendido en su sueño más inocente.

—¿Estaba él? —preguntó el brigada al cobrador, señalando al vendedor de tortas.

—Estaba —dijo el cobrador, mirándose un zapato.

—Por lo tanto —dijo con paternal dulzura el brigada—, esta mañana tú, como de costumbre, has venido aquí a vender tortas; con el primer autobús de Palermo, como de costumbre...

—Tengo licencia —dijo el vendedor.

—Lo sé —asintió el brigada elevando al cielo unos ojos que imploraban paciencia—, lo sé y no me importa nada tu licencia; quiero saber una sola cosa, me la dices y te dejo ir a vender tus tortas a los niños: ¿Quién ha disparado?

—¿Entonces... —preguntó el vendedor de tortas, estupefacto y curioso—, es que han disparado?

—Sí, a las seis y treinta; desde la esquina de Via Cavour, dos disparos de *lupara*,^[1] quizá del calibre doce, o puede que de una escopeta con cañones recortados... De los que estaban en el autobús ninguno ha visto nada: un trabajo de chinos saber quién estaba en el autobús, cuando he llegado ya se habían escabullido... Uno que vende tortas se acordó, aunque después de dos horas, de haber visto en la esquina de Via Cavour con la plaza Garibaldi algo parecido a un saco de carbón apoyado en el cantón de la iglesia, y que de ese saco de carbón han salido dos fogonazos, eso dice; ha hecho una promesa a santa Fara de un costal de garbanzos, pues de milagro no le han llenado de plomo, eso dice, de tan cerca como estaba del blanco... El cobrador no había visto ni siquiera el saco de carbón... Los viajeros, los que estaban sentados en el lado derecho, dicen que los cristales de las ventanillas parecían esmerilados de tan empañados, y a lo mejor es verdad... Sí, presidente de una empresa de la construcción, una pequeña cooperativa, al parecer no habían conseguido nunca contratas por un importe superior a veinte millones, pequeñas parcelas de casas populares, alcantarillados, carreteras comarcales... Salvatore Colasberna, Co-las-ber-na; trabajaba de albañil, hace diez años montó la cooperativa con dos hermanos suyos y otros cuatro o cinco albañiles del pueblo; dirigía los trabajos, aunque como director figuraba un aparejador, y llevaba la administración... Iban tirando: se contentaban, él y los socios, con una pequeña ganancia, como si trabajasen de asalariados... No, no parece que hicieran obras de las que se deshacen con las primeras lluvias... He visto una casa de labranza, recién construida, venirse al suelo como una caja de cartón porque una vaca se había restregado contra ella... No, la había construido la empresa Smioldo, una gran empresa de construcción: una casa de labranza derribada por una vaca... Me dicen que Colasberna hacía cosas sólidas; y la verdad es que aquí está la Via Madonna di Fatima, hecha por su cooperativa, que con todos los coches que pasan por ella no se ha

hundido ni un centímetro; y hay otras calles, que han hecho empresas más grandes, que después de un año parecen jorobas de camello... Tenía antecedentes penales, sí: en mil novecientos cuarenta... aquí está, cuarenta, tres de noviembre del cuarenta... Viajaba en autobús, se ve que con los autobuses estaba gafado..., y se hablaba de la guerra en la que nos habíamos metido en Grecia; uno dijo «dentro de quince días nos la chuparemos», quería decir a Grecia; y Colasberna va y dice «¿pues qué, es un huevo?». En el autobús había un *milite*^[2]: le denunció... ¿Cómo?... Perdone, usted me ha preguntado si tenía antecedentes penales, yo con los papeles en la mano le digo: los tenía... Está bien: no tenía antecedentes penales... ¿Fascista, yo? Pero si yo cuando veo el *fascio* hago algún conjuro... Sí, señor, a sus órdenes.

Colgó el teléfono con exasperada delicadeza y se pasó el pañuelo por la frente.

—Este ha sido partisano —dijo—; ya sólo me faltaba que me tocara uno que ha sido partisano.

Los dos hermanos Colasberna y los otros socios de la cooperativa de construcción Santa Fara esperaban la llegada del capitán: estaban sentados en fila, vestidos de negro, y los dos hermanos con negros pañolones esponjosos, las barbas sin afeitar, los ojos enrojecidos. Esperaban en una sala del cuartel de los carabineros de S., inmóviles, los ojos fijos en una diana de colores pintada en la pared y en el cartel que decía «lugar para descargar las armas». Se morían de vergüenza por el sitio en el que se encontraban y por la espera. La muerte no es nada comparada con la vergüenza.

Alejada de ellos, sentada en el borde de una silla, había una mujer joven; había llegado después de ellos, quería hablar con el brigada, eso le había dicho al guardia de la entrada. El guardia de la entrada le dijo que el brigada estaba ocupado, que iba a llegar el capitán, y que estaría ocupado; ella dijo «esperaré» y se sentó en el

borde de la silla, y le ponía a uno nervioso mirarle las manos de tanto como las movía. La conocían de vista, era la mujer de un podador que no era del pueblo: había venido después de la guerra desde el vecino pueblo de B. para establecerse en S., donde se había casado y, entre la dote de la mujer y el trabajo, se le consideraba, en el pueblo pobre, un acomodado. Los socios de la cooperativa Santa Fara pensaban «se habrá peleado con el marido y viene a dar parte», y era el único pensamiento con el que se distraían de la vergüenza que sentían.

Se oyó un automóvil que llegaba al patio y apagaba el motor, después una serie de taconazos a lo largo del pasillo: y el capitán entró en la sala donde esperaban los hombres mientras el brigada abría la puerta de su despacho y en su saludo se erguía con la cabeza tan alta que parecía que quisiera escrutar el techo.

El capitán era joven, alto y de tez clara; nada más pronunciar sus primeras palabras los socios de la Santa Fara pensaron «continental», con alivio y desprecio al mismo tiempo; los continentales son atentos pero no entienden nada.

Se sentaron de nuevo en fila delante del escritorio, en el despacho del brigada: el capitán sentado en la silla de brazos del brigada, el brigada de pie; y, a un lado, sentado ante la máquina de escribir, estaba el carabinero Sposito. Tenía un rostro infantil, el carabinero Sposito: pero los hermanos Colasberna y sus socios sintieron ante su presencia una mortal inquietud, el terror de la despiadada inquisición, de la negra simiente de la escritura. *Campiña blanca, simiente negra: el hombre que la hace, siempre la piensa*, dice la adivinanza de la escritura.

El capitán dijo unas palabras de condolencia y se excusó por haberlos convocado en el cuartel y por su retraso. Volvieron a pensar «continental, qué educados son los continentales», pero no perdían de vista al carabinero Sposito, que estaba, con los dedos levemente apoyados sobre las teclas de la máquina, quieto y atento como el cazador que, con el dedo en el gatillo, espera a la liebre en el claro de luna.

—Es curioso —dijo el capitán, como si continuase un discurso interrumpido— cómo se desahogan en esta tierra con cartas anónimas: nadie habla pero, para nuestra suerte, quiero decir la de nosotros los carabineros, todos escriben. Se olvidan de firmar, pero escriben. Con cada homicidio, con cada hurto, hay una decena de cartas anónimas que llegan a mi mesa; incluso me escriben a propósito de querellas familiares y sobre quiebras fraudulentas; y sobre los amores de los carabineros... —sonrió al brigada quizás aludiendo, pensaron los socios de la Santa Fara, al hecho de que el carabinero Savarino se acostaba con la hija del estanquero Palizzolo: todo el pueblo lo sabía, por lo que se preveía un próximo traslado de Savarino.

—Sobre el caso Colasberna —continuó el capitán— he recibido ya cinco cartas anónimas; para un suceso ocurrido anteayer es un buen número; y llegarán más... «Colasberna fue asesinado por celos», dice un anónimo: y pone el nombre del marido celoso...

—Cosas de locos —dijo Giuseppe Colasberna.

—Es lo que yo digo —dijo el capitán, y después continuó—:... le han matado por error, según otro: porque se parecía a un tal Perricone, individuo que, en opinión del informador anónimo, pronto recibirá el plomo que le corresponde.

Los socios se consultaron con una rápida mirada.

—Puede ser —dijo Giuseppe Colasberna.

—No puede ser —dijo el capitán—, porque al Perricone del que habla la carta le concedieron el pasaporte hace quince días y en estos momentos se encuentra en Lieja, en Bélgica; quizá vosotros no lo sabíais, y desde luego no lo sabía el autor de la carta anónima: pero a alguien que hubiese tenido la intención de deshacerse de él ese dato no se le podía escapar... No os diré lo que se dice en otras informaciones, todavía más insensatas que ésta; pero hay una que os ruego que examinéis bien, porque en mi opinión nos ofrece la pista buena... Vuestro trabajo, la competencia, las contratas: ahí es por donde hay que buscar.

Otra rápida mirada de consulta.

—No puede ser —dijo Giuseppe Colasberna.

—Sí que puede ser —dijo el capitán—, y os diré por qué y cómo. Aparte de vuestro caso tengo muchas informaciones seguras sobre el asunto de las contratas; solamente informaciones, por desgracia, pues si tuviese pruebas... Supongamos que en esta zona, en esta provincia, operan diez empresas concursantes: cada una tiene sus máquinas, sus materiales; cosas que de noche se quedan por las carreteras o junto a las obras en construcción; y las máquinas son cosas delicadas, basta con quitarles una pieza, a lo mejor un solo tornillo, y luego se necesitan horas o días para que vuelvan a funcionar; y los materiales, gasóleo, alquitrán, armazones, es fácil hacerlos desaparecer o quemarlos allí mismo. Es verdad que junto al material y las máquinas a menudo hay una caseta con uno o dos obreros que duermen en ella; pero los obreros, precisamente, duermen; y, por el contrario, hay gente, ya me entendéis, que nunca duerme. ¿No es natural contar con esa gente que no duerme para tener protección? Tanto más cuanto que esa protección os ha sido ofrecida de entrada; y que si cometéis la imprudencia de rechazarla, sucede algo que os convence de que la aceptéis... Claro que hay tipos testarudos: los que dicen que no, que no la quieren, que ni siquiera con el cuchillo en la garganta se resignarían a aceptarla. Vosotros, por lo que parece, sois de los testarudos: o solamente Salvatore lo era...

—De esas cosas no sabemos nada —dijo Giuseppe Colasberna: los demás, con el espanto reflejado en sus caras, asintieron.

—Puede ser —dijo el capitán—, puede ser... Pero aún no he terminado. Así que hay diez empresas: y nueve aceptan o piden protección. Pero se trataría de una asociación un tanto mísera, ya me entendéis de qué asociación hablo, si debiera limitarse solamente al cumplimiento y a las ganancias de lo que llamáis *guardiania*: la protección que ofrece la asociación es mucho más amplia. Obtiene para vosotros, para las empresas que aceptan protección y reglamentación, las contratas de licitación privada; os da valiosas informaciones para concursar en las de pública subasta;

os ayuda en el momento del examen pericial; hace que se porten bien los trabajadores... Se entiende que si nueve empresas han aceptado protección formando una especie de consorcio, la décima, que la rechaza, es una oveja negra; no es que llegue a molestar mucho, es verdad, pero el hecho mismo de que exista es ya un desafío y un mal ejemplo. Y entonces es preciso, por las buenas o por las malas, obligarla a entrar en el juego; o a que salga de él para siempre, aniquilándola...

Giuseppe Colasberna dijo «esas cosas no las he oído nunca» y el hermano y los socios gesticularon en señal de aprobación.

—Supongamos —continuó el capitán como si no hubiera oído nada— que vuestra cooperativa, la Santa Fara, sea la oveja negra de la zona: la que no quiere entrar en el juego, la que hace honradamente sus cuentas a cada convocatoria de contrata y se presenta a concursar sin protecciones, y que, a veces, en especial con el sistema de máximo y mínimo, consigue hacer la oferta buena, precisamente porque ha hecho honradamente las cuentas... Una persona de respeto, como decís vosotros, viene un día a echarle un cierto discurso a Salvatore Colasberna: un discurso que dice y no dice, alusivo, indescifrable como el reverso de un bordado: una maraña de hilos y de nudos, aunque por el otro lado se ven las figuras... Colasberna no quiere, o no sabe, mirar el reverso de tal discurso y el hombre de respeto se ofende. La asociación pasa a la acción: una primera advertencia, una bala que os pasa rozando, ya de noche, hacia las once, al volver a casa...

Los socios de la Santa Fara evitaban la mirada del capitán; se miraban las manos y luego alzaban los ojos al retrato del comandante del Arma, al del Presidente de la República, al Crucifijo. Después de una larga pausa el capitán percutió en el centro de su aprensión.

—Me parece que algo por el estilo le sucedió a vuestro hermano —dijo—, hace seis meses, cuando volvía a casa, hacia las once... ¿No es cierto?

—Nunca lo he sabido —farfulló Giuseppe.

—No quieren hablar —intervino el brigada—, aunque los quiten de en medio a uno tras otro, no hablan: se contentan con dejarse matar...

El capitán le interrumpió con un gesto.

—Oye —dijo éste—, hay ahí una mujer que espera...

—Voy enseguida —dijo el brigada, algo molesto.

—No tengo más que deciros —dijo el capitán—, yo ya os he dicho mucho y vosotros parece que no tenéis nada que decirme. Antes de irnos, quisiera que cada uno de vosotros escribiese en esta hoja nombre y apellido, lugar y fecha de nacimiento, dirección...

—Yo escribo lento —dijo Giuseppe Colasberna.

Los otros dijeron que también ellos escribían lentamente y con dificultad.

—No importa —dijo el capitán—, tenemos tiempo.

Encendió un cigarrillo y siguió con atención el esfuerzo de los socios de la Santa Fara ante el folio: escribían como si la pluma pesase como una perforadora eléctrica, como una perforadora vibrante por la incertidumbre y el temblor de sus manos. Cuando terminaron llamó al guardia de la entrada, que entró junto con el brigada.

—Acompaña a los señores —ordenó el capitán.

«Cristo, modales sí que sabe», pensaron los socios. Y tanto por la satisfacción de haber salido casi airosos del trance (el *casi* quedaba prendido de aquellas pruebas de su letra que el capitán les había pedido), como por haber sido llamados señores por un oficial de carabineros, salieron olvidándose del luto que llevaban, con ganas de correr como muchachos a la salida de la escuela.

Entretanto, el capitán estaba comparando la letra de sus escritos con la de la carta anónima. Estaba convencido de que uno de ellos había escrito la carta: y a pesar de la forzada inclinación y deformidad de la caligrafía, no era necesario recurrir a un perito para constatar, al compararla con los datos que había escrito en la hoja, que se trataba de Giuseppe Colasberna. Por lo tanto, la indicación suministrada por la carta anónima era creíble, segura.

El brigada no entendía por qué el capitán se aplicaba al estudio de aquellas letras.

—Es como exprimir una piedra, no sale nada —dijo, aludiendo a los hermanos Colasberna y a sus socios, y a todo el pueblo, y a Sicilia entera.

—Siempre se saca algo —dijo el capitán.

«Contento tú, contentos todos», pensó el brigada, quien en sus pensamientos se tomaba la libertad de tutear incluso al general Lombardi.^[3]

—¿Y la mujer? —preguntó el capitán, ya dispuesto a irse.

—El marido —dijo el brigada— se fue al campo anteayer, a podar, y todavía no ha vuelto... Se quedaría a compartir mesa en alguna finca, un cordero jugoso y vino; y se habrá echado a dormir en un pajar, borracho perdido... Esta noche vuelve, me apuesto la cabeza.

—Anteayer... Si estuviera en tu lugar me pondría a buscarlo —dijo el capitán.

—Sí, señor —dijo el brigada.

—No me gusta —dijo el hombre vestido de negro: tenía una cara como la de alguien con dentera tras haber comido ciruelas verdes, tostada por el sol y que expresaba una misteriosa inteligencia, pero siempre con aquella mueca de disgusto—, la verdad es que no me gusta nada.

—Pero tampoco el otro, el que estaba antes, te gustaba: ¿es que vamos a tener que cambiarlos cada quince días? —dijo sonriendo el hombre rubio y elegante sentado a su lado; también él siciliano, solamente se distinguía del otro por la estructura física y por sus modales.

Estaban en un café de Roma: una sala toda de color rosa y en silencio, espejos, lámparas como grandes ramos de flores, en el guardarropa una mujer morena y hermosa a la que mondar como a

una fruta de su delantal negro: «mejor que quitárselo, descosérselo puesto», pensaban el hombre moreno y el hombre rubio.

—Aquel no me gustaba por la historia de la licencia de armas —dijo el hombre moreno.

—Y antes del de la licencia de armas había otro que no te gustaba por la historia del confinamiento.

—¿Acaso le parece una menudencia, el confinamiento?

—No es poca cosa, lo sé: pero por un motivo o por otro nunca hay uno que te vaya bien.

—Pero ahora el caso es distinto: que semejante hombre esté en nuestra tierra debería fastidiarle más a usted que a mí... Ha sido partisano; con la plaga de comunistas que tenemos, envían a uno que ha sido partisano; no me extraña que nuestras cosas acaben por irse al traste...

—Pero ¿te consta que protege a los comunistas?

—Le cuento sólo una cosa. Ya sabe usted cómo marchan las azufreras hoy en día; maldigo la hora en que me asocié con Scarantino, en la azufrera que usted sabe; nos estamos arruinando, toda mi sangre, el poco capital que tenía, se lo está comiendo esa mina de azufre...

—Así que estás arruinado... —dijo el hombre rubio, incrédulo e irónico.

—Si no estoy completamente arruinado se lo debo a usted: y al gobierno que, a decir verdad, se preocupa por la crisis del azufre...

—Se preocupa tanto que con el dinero que pone podría pagar el salario a los trabajadores, cabal y regularmente, sin hacerles bajar a la mina; y quizá fuera mejor...

—Las cosas van mal, por tanto. Y se entiende que van mal para todos; porque el pato no tengo que pagarlo sólo yo, también los trabajadores deben pagar su parte... Y desde hace dos semanas no cobran su salario...

—Desde hace tres meses —corrigió el otro, sonriendo.

—No lo recuerdo con precisión... Y, claro, me vienen a protestar: pitadas delante de mi casa, palabrotas que no quiero repetir; es para

matarles... Entonces voy a verle a él y ¿sabe lo que me dice? «¿Ha comido usted hoy?» «He comido», le digo. «Y también ayer», dice él. «También ayer», digo yo. «Y su familia no pasa hambre, ¿no es verdad?», me pregunta. «Gracias a Dios», digo, «no la pasa.» «Y esos que han ido a montar bronca delante de su casa, ¿han comido hoy?» Le iba a decir: «¿Y a mí qué puñeta me importa si han comido o no han comido?», pero, por educación, le contesto: «No lo sé». Él me dice: «Debería informarse». Yo digo: «He venido a verle porque están delante de mi casa y me amenazan; mi mujer y mis hijas ni siquiera pueden salir para ir a misa». «¡Oh!», dice, «haremos que puedan ir a misa: estamos aquí para eso... Usted no paga a los obreros y nosotros hacemos que puedan ir a misa su mujer y sus hijas», con una cara que, se lo juro, y usted ya sabe cómo me enciendo, hizo que me saliera un sarpullido en las manos...

—Ah, ah, ah —soltó *in crescendo* el hombre rubio, en un tono que reprobaba la tentación de la violencia y al mismo tiempo recomendaba prudencia.

—Ahora mis nervios son fuertes como los cables de una grúa; ya no soy el mismo de hace treinta años. Pero, digo: ¿se ha oído alguna vez a un esbirro hablar así a un hombre de bien? Es un comunista, sólo los comunistas hablan así.

—Por desgracia, no solamente los comunistas, también en nuestro partido los hay que hablan así... Si supieses la batalla que debemos mantener día tras día, hora tras hora...

—Lo sé, pero yo lo tengo claro: también ellos son comunistas.

—No son comunistas —dijo el hombre rubio, melancólicamente absorto.

—Si no son comunistas bastaría con que el papa dijera lo que tiene que decir, pero que lo diga claro y fuerte, y se quedarán tiesos.

—No es tan sencillo... Pero olvídale, volvamos a nuestras cosas. ¿Cómo se llama ese... comunista?

—Bellodi, me parece; está al mando de la compañía de C., lleva allí tres meses y ya se ha hecho notar... Ahora está metiendo la nariz en las contratas, hasta el comendador Zarcone cuenta con

usted, me ha dicho: «Tenemos la esperanza de que el *onorevole* le haga volver a comer polenta».

—El querido Zarccone —dijo el diputado—. ¿Cómo está?

—Podría estar mejor —dijo el hombre moreno, reticente.

—Le haremos estar mejor —prometió el diputado.

El capitán Bellodi, al mando de la compañía de carabineros de C., tenía ante sí al confidente de S. Lo había hecho llamar, con las precauciones de costumbre, para saber qué pensaba del homicidio de Colasberna. Por lo general, cuando en el pueblo ocurría algo gordo, el confidente se presentaba espontáneamente, pero esta vez fue preciso llamarle. El hombre tenía antecedentes, había sido ladrón de ovejas en la inmediata posguerra y ahora, por cuanto se sabía, sólo ejercía de intermediario de préstamos usurarios: hacía de confidente un poco por vocación y un poco por la ilusión de tener así un privilegio de impunidad en su oficio; un oficio que, comparado con el robo a mano armada, consideraba honrado y juicioso, digno de un padre de familia. Al hecho de haber robado antes lo llamaba error de juventud, ya que sin poner una lira de capital ahora discurría por sus manos el dinero de los demás, con lo que conseguía mantener a tres hijos y la mujer; incluso ahorraba dinero para invertirlo el día de mañana en un pequeño negocio: colocarse detrás del mostrador de una tienda para medir telas era el sueño de toda su vida. Pero a aquel error de juventud, al hecho de haber estado en la cárcel, se debía el fácil y lucrativo oficio que ejercía: porque todos aquellos que le confiaban el dinero, hombres de bien fuera de toda sospecha, que amaban el orden social y las misas cantadas, contaban con su prestigio para que los deudores no fallasen en la puntualidad de los pagos ni en el secreto a mantener. Y de hecho, por el temor que el mediador sabía inculcar («He dejado la chaqueta en la cárcel de Ucciardone», solía decir en broma o en tono de amenaza, como diciendo que si mataba a alguien podría volver a por ella; aunque la verdad era que pensar en

la prisión le producía sudores de muerte), los deudores pagaban el ciento por ciento de la usura, y al vencimiento; y las pocas prórrogas les eran concedidas con un criterio progresivo que, por dar un ejemplo, a uno que con el préstamo recibido hubiera comprado un mulo, necesario para trabajar su parcela de tierra, al cabo de dos años el acreedor le quitaba el mulo y el terreno.

De no ser por el miedo, el confidente se habría considerado un hombre feliz y, por espíritu y hacienda, hasta un hombre de bien. El miedo lo tenía dentro como un perro rabioso: gañía, jadeaba, babeaba, aullaba repentinamente en sus sueños; y mordía, dentro mordía, en el hígado y en el corazón. Los médicos le habían examinado esos mordiscos en el hígado que continuamente le quemaban, y la repentina y dolorosa sacudida en el corazón, como la de un conejo vivo en la boca del perro, y le habían dado medicinas como para cubrir la superficie de la cómoda; pero no sabían nada, los médicos, de su miedo.

Estaba delante del capitán, dándole vueltas nerviosamente a la gorra con las manos, sentado un poco de lado para no mirarle a la cara; y, mientras, el perro mordía, gruñía y mordía. La tarde era gélida, y en el despacho del capitán una pequeña estufa eléctrica daba un halo de calor tan tenue que hacía sentir aún más gélido el espacio de la gran habitación, casi vacía de muebles y pavimentada con aquellas antiguas baldosas valencianas que por el color del esmalte (y por el frío que hacía) parecían de hielo; pero el hombre sudaba, lo envolvía ya un frío sudario de muerte, frío sobre el ardiente boquete de la *lupara* que en su cuerpo se abría.

Desde el momento en que conoció la muerte de Colasberna, el confidente había diseñado su mentira; a cada detalle que añadía, a cada retoque, como un pintor que se aleja del cuadro para juzgar el efecto de una pincelada, decía «perfecto: no falta nada», pero de nuevo se acercaba a retocar y a añadir; y mientras el capitán hablaba, él seguía, febrilmente, retocando y añadiendo. Pero el capitán sabía, por todo un expediente relativo a Calogero Dibella alias *Parrinieddu*, confidente, que el hombre, de las dos *cosche* de

mafia del pueblo (*cosca*, le habían explicado, es la apretada corona de hojas de la alcachofa), era más cercano, si no pertenecía a ella, a la que tenía engranajes firmes, aunque no podían probarse, con las obras públicas; mientras que la otra *cosca*, más joven y medrosa, tenía que ver, al ser S. un pueblo costero, con el contrabando de cigarrillos americanos. Contaba de antemano, por tanto, con la mentira del confidente: aunque, de todos modos, sería útil, en esa mentira, observar sus reacciones.

Escuchaba sin interrumpirle, haciéndole sentirse aún más incómodo al asentir distraídamente de vez en cuando. Mientras tanto pensaba en aquellos confidentes que quedaron, bajo una ligera capa de tierra y hojas secas, en las quebradas del Apenino; hombres miserables, fango del miedo y del vicio que, sin embargo, también jugaban su partida mortal, se jugaban la vida en el filo de la mentira entre partisanos y fascistas. Lo único de humano que tenían era aquella agonía en la que, por su propia vileza, se debatían; afrontaban la muerte cada día por el miedo a morir: y por fin la muerte les daba su hora, finalmente la muerte, última, definitiva, única muerte, no ya el doble juego, la doble muerte de cada hora.

El confidente de S. arriesgaba su vida: una *cosca* o la otra, con un doble disparo de *lupara* o con una ráfaga de metralleta (también en el uso de las armas cada *cosca* era diferente), le liquidaría algún día. Pero entre mafia y carabinieri, las dos partes entre las que se movía su azar, la muerte podía llegarle de una sola parte. En esta parte no estaba la muerte, estaba este hombre rubio y bien afeitado, elegante en su uniforme; este hombre que hablaba comiéndose las eses, que no levantaba la voz y que no le hacía sentirse despreciado; y que, sin embargo, era la ley, pavorosa como la muerte; no, para el confidente, la ley que nace de la razón y es razón, sino la ley de un hombre, que nace de los pensamientos y humores de ese hombre, del corte que pueda haberse hecho al afeitarse o del buen café que haya tomado; la absoluta irracionalidad de la ley, creada a cada momento por aquel que manda, por el guardia municipal o el brigada, por el jefe de policía o

el juez; por quien tiene la fuerza, en suma. Que la ley fuera inmutablemente escrita e igual para todos, el confidente nunca lo había creído ni podía hacerlo: entre los ricos y los pobres, entre los sabios y los ignorantes, estaban los hombres de la ley; y estos hombres podían prolongar el brazo del arbitrio hacia sólo una de las dos partes, y debían proteger y defender a la otra. Un alambre de espinos, un muro. Y el hombre que había robado y cumplido una condena, que estaba con los mafiosos, que mediaba en los préstamos usurarios y ejercía de espía, solamente buscaba una brecha en el muro, un boquete en el alambre. Pronto podría disponer de un pequeño capital y montar un negocio; y tenía en el seminario a su hijo mayor, para que se hiciese cura o se saliera antes de tomar las órdenes para hacerse, mejor que cura, abogado. Una vez superado el muro, la ley ya no podía dar miedo: y qué bueno sería mirar entonces a los que quedasen al otro lado del muro, al otro lado del alambre de espinos. De este modo, lacerado por el miedo, el soñar con su paz futura, fundada sobre la miseria y la injusticia, le consolaba un poco; y entretanto se fundía el plomo de su muerte.

Pero el capitán Bellodi, emiliano de Parma, republicano por tradición familiar y por convicción, hacía lo que antiguamente se llamaba el oficio de las armas, y en un cuerpo de policía, con la fe del hombre que ha participado en una revolución y que de la revolución ha visto surgir la ley: servía y hacía respetar esa ley que aseguraba libertad y justicia, la ley de la República. Y si aún iba de uniforme, que se había puesto debido a fortuitas circunstancias, si no había dejado el servicio para afrontar la profesión de abogado a la que estaba destinado, era porque el oficio de servir a la ley de la República, y de hacerla respetar, se hacía cada día más difícil. Se habría quedado perplejo, el confidente, de haber sabido que el hombre que tenía enfrente, carabinero y además oficial, consideraba la autoridad de la que estaba investido como el cirujano considera el bisturí: un instrumento que hay que utilizar con precaución, con precisión, con seguridad; que estaba convencido de que la ley

emana de la idea de justicia y que va unido a la justicia todo acto surgido de la ley. Un difícil y amargo oficio, en definitiva; aunque el confidente le veía feliz, con la felicidad de la fuerza y del atropello, tanto más intensa cuanto mayor sea la medida del sufrimiento que se pueda imponer a los otros hombres.

Parrinieddu desplegaba su plan de mentiras como el vendedor las muestras de percal ante las campesinas, sobre el mostrador de la tienda; su sobrenombre, que quería decir «curita», le venía de la elocuencia fácil y de la hipocresía que rezumaba, pero su habilidad se resquebrajaba frente al silencio del oficial, le salían las palabras veteadas de llanto o estridentes: y el plan que exponía se volvía incoherente, nada creíble.

—¿No cree usted —preguntó en un momento dado el capitán, tranquilamente, con tono de amigable confianza— que sería más útil buscar otras conexiones? (En el habla emiliana, debido a las dos eses de *conessioni*, la palabra sonó como suspendida e imprecisa, y por un momento distrajo la congoja del confidente.)

Parrinieddu no respondió.

—¿No cree en la posibilidad de que Colasberna haya sido eliminado en razón de, digamos, intereses? ¿Por no haber aceptado ciertas propuestas, por haber continuado, a pesar de las amenazas, cogiendo todo lo que conseguía coger en cuestión de contratas?

Quienes habían precedido en aquel despacho al capitán Bellodi acostumbraban a hacer al confidente preguntas que, como explícita premisa, o en la amenaza del tono, hacían que apareciera ante sus ojos el arresto policial o la denuncia por ejercer la usura: lo que daba a Parrinieddu, en lugar de miedo, una cierta seguridad; la relación estaba clara, los esbirros le obligaban a cometer infamias: y él debía tramar las indispensables para tranquilizarlos, para tenerlos contentos. Pero con uno que te habla con amabilidad y con confianza, las cosas encajan de otro modo. Por lo tanto, a la pregunta del capitán, con un movimiento desarticulado de las manos y de la cabeza, contestó que sí, que era posible.

—¿Y usted —continuó el capitán sin cambiar de tono— no sabe de alguien interesado en estas cosas? No digo de los que trabajan allí: los que no trabajan allí, quiero decir, y que están interesados en ayudar, en proteger... Me bastaría con saber el nombre de los que, meses atrás, hicieron ciertas propuestas a Colasberna: propuestas, entendámonos, sólo propuestas...

—Yo no sé nada —dijo el confidente; y, alentada por la amabilidad del capitán, su vocación de espía se alzó como la alondra, trinó alto el placer de regalar sufrimiento—, no sé nada; pero tirando a adivinar a oscuras, puedo decir que las propuestas las habrá hecho Ciccio La Rosa, o Saro Pizzuco... —y ya aquel alegre vuelo vertical se tornaba caída, piedra que se precipitaba sobre el centro de su ser, de su miedo.

—Otra interpelación en el Parlamento —dijo su excelencia—, «si tiene conocimiento de los recientes y graves crímenes acaecidos en Sicilia; y qué medidas se propone adoptar...», etcétera, etcétera... Los comunistas, como siempre. Parece ser que se refieren al homicidio de ese contratista, un tal... ¿cómo se llamaba?

—Colasberna, excelencia.

—Colasberna... Era un comunista, al parecer.

—Socialista, excelencia.

—Siempre hace usted esa distinción. Déjeme que le diga: es usted un cabezota, amigo mío. Comunista, socialista: ¿qué diferencia hay?

—En la situación actual...

—Por favor, no me dé explicaciones: de vez en cuando hasta yo leo los periódicos, ¿sabe?

—Nunca me permitiría...

—Muy bien... Por lo tanto, para evitar que ese...

—Colasberna.

—... ese Colasberna se convierta en un mártir del ideario comunista... disculpe, socialista... hace falta encontrar enseguida al

que le haya matado; inmediatamente, de manera que el ministro pueda responder que Colasberna ha sido la víctima de un asunto de intereses o de cuernos, y que nada tiene que ver con la política.

—Las investigaciones avanzan bien. Se trata sin duda de un crimen de la mafia, pero sin implicaciones políticas. El capitán Bellodi...

—¿Quién es Bellodi?

—Quien está al mando de la compañía de C., está en Sicilia desde hace unos meses.

—Ya; ahora caigo, hace tiempo que quería hablarle de este Bellodi. Es uno de esos, querido amigo, que ve mafia por todas partes; uno de esos septentrionales con la cabeza llena de prejuicios, que apenas bajan del transbordador empiezan a ver mafia por doquier... Y si él dice que a Colasberna le ha matado la mafia, estamos frescos... No sé si ha leído sus declaraciones a un periodista hace unas semanas, a propósito del secuestro de aquel agricultor... ¿cómo se llamaba?

—Mendolia.

—Mendolia... Dijo cosas como para ponerle a uno los pelos de punta: que la mafia existe, que es una potente organización, que controla todo: ovejas, hortalizas, obras públicas y ánforas griegas... Lo de las ánforas griegas es impagable, chismorreó para el público... Pero si es lo que yo digo: ¡por Dios!, un poco de seriedad... ¿Usted cree en la mafia?

—Pues...

—¿Y usted?

—Yo no.

—Estupendo. Nosotros dos, sicilianos, no creemos en la mafia; eso a usted, que según parece sí cree, debería decirle algo. Pero le comprendo: no es siciliano, y los prejuicios son duros de pelar. Con el tiempo se convencerá de que todo es un montaje. Pero, mientras tanto, por favor, vigile atentamente las investigaciones de ese Bellodi... Y usted, que no cree en la mafia, intente hacer algo, envíe a alguien, que sepa manejarse, que no monte un jaleo con Bellodi,

pero que... *Ima summis mutare*.^[4] ¿Entiende el latín? No el de Horacio, quiero decir el mío.

Desde hacía cinco días, Paolo Nicolosi, de profesión podador, nacido en B. el 14 de diciembre de 1920, domiciliado y residente en S. en el número noventa y siete de Via Cavour, había desaparecido. El cuarto día su mujer, desesperada, había ido a ver al brigada de nuevo, y el brigada había empezado a preocuparse en serio. El informe estaba sobre la mesa del capitán Bellodi, con aquel «número 97 de Via Cavour» subrayado en rojo. El capitán paseaba por la habitación nerviosamente, fumando; esperaba que del Archivo o de la Fiscalía le trajeran noticias sobre Paolo Nicolosi; sobre si tenía antecedentes o si tenía cargos pendientes.

Desde la esquina de Via Cavour con la plaza Garibaldi habían disparado a Colasberna. Después de disparar, desde luego el asesino no había entrado en la plaza, donde estaba el autobús con unas cincuenta personas dentro y el vendedor de tortas fuera, a dos pasos del muerto. Era lógico pensar que había huido por Via Cavour. En el número noventa y siete de esa calle vivía Nicolosi. Eran las seis y media: Nicolosi tenía que irse a podar, al caserío de Fondachello, decía el informe, a más o menos una hora a pie por la carretera; quizás al mismo tiempo que el asesino escapaba por Via Cavour, Nicolosi salía de casa. Habría reconocido al asesino. Aunque quién sabe cuántas otras personas le habrían visto; el asesino podía estar seguro del silencio de Nicolosi, así como del silencio del vendedor de tortas y del de los demás; eso en el supuesto de que el asesino fuera una persona identificable, del lugar o conocida en el lugar; aunque seguramente tratándose de un crimen de este tipo bien podía ser un sicario llegado de fuera: América enseña.

Nada de fantasías, le había recomendado el comandante. De acuerdo, nada de fantasías. ¿Y cómo se puede estar allí sin fantasía, si Sicilia es toda ella una dimensión fantástica? Nada;

solamente los hechos. Los hechos eran éstos: un tal Colasberna había sido asesinado cuando iba a subir al autobús de Palermo, en la plaza Garibaldi, a las seis y media de la mañana; el asesino había disparado desde la esquina de Via Cavour con plaza Garibaldi y había huido por Via Cavour. El mismo día, a la misma hora, otro individuo que vive en esa Via Cavour salía o estaba a punto de salir de su casa: tenía que haber vuelto al anochecer, como de costumbre a la hora del ángelus, dice su mujer, pero no vuelve; ni tampoco los cinco días siguientes. En Fondachello dicen no haberlo visto; lo esperaban ese día, pero no se presentó. Desaparecido: con el mulo y los aperos, entre la puerta de su casa y Fondachello, a unos seis o siete kilómetros de camino, había desaparecido sin dejar rastro.

Si resultara que Nicolosi hubiera estado encausado con anterioridad o tenido algún tipo de relación con la delincuencia, cabría pensar en una fuga; o que le habían hecho saldar una cuenta matándole y haciendo desaparecer todo rastro. Pero si no tenía antecedentes, si no había motivos para una fuga más o menos meditada, si no era hombre que tuviera cuentas que rendir ni exigir, por vínculos directos o indirectos con la delincuencia, entonces su desaparición venía a coincidir de un modo concreto, sin fantasía alguna, con el asesinato de Colasberna.

En aquel momento el capitán no consideraba la posibilidad de que, de algún modo, en la desaparición de Nicolosi tuviera algo que ver su mujer: es decir, esos motivos pasionales que tanto para la mafia como para la policía son, en igual medida, un gran recurso. Desde que, en el repentino silencio del foso de la orquesta, el grito de «*Hanno ammazzato cumpari Turiddu*»^[5] hiciera sentir por primera vez un escalofrío en el espinazo a los amantes de la ópera, en las estadísticas criminales relativas a Sicilia y en las combinaciones de la lotería quedó establecida una relación cada vez más frecuente entre cuernos y asesinatos. El crimen pasional se descubre con rapidez, por lo que entra en el activo de la policía; el crimen pasional se paga poco, por lo que entra en el activo de la mafia. La

naturaleza imita al arte: asesinado sobre los escenarios de la lírica por la música de Mascagni y por la navaja del compadre Alfio, Turiddu Macca comenzó a poblar los mapas turísticos de Sicilia y las mesas de autopsia. Pero, de vez en cuando, por navaja o por *lupara* (ya no por la música, afortunadamente), los que hacían de compadre Alfio se llevaban la peor parte, lo cual el capitán Bellodi, en aquel momento, no supo tener en cuenta; y esta distracción la pagaría más adelante con una pequeña censura.

Los sargentos D'Antona y Pitrone trajeron de la Fiscalía y del Archivo el «nada» correspondiente a Paolo Nicolosi: ninguna condena y ningún cargo pendiente. El capitán experimentó satisfacción e impaciencia: impaciencia por correr a S., por hablar con la mujer de Nicolosi, con algún amigo del hombre desaparecido, con el brigada; y por interrogar a los del caserío de Fondachello y, luego, una vez valorada la oportunidad, a los tales La Rosa y Pizzuco que le había señalado el confidente.

Era ya mediodía. Mandó que le preparasen el coche y bajó corriendo; unas ganas impulsivas de cantar crecían en su interior y comenzó a canturrear mientras bajaba a la cantina: se comió dos bocadillos y se tomó un café bien caliente; un café especial que le hacía el carabinero que atendía el bar, especial por la cantidad de café y por la habilidad para hacerlo que un napolitano como el carabinero del bar era capaz de emplear para conseguir el especial aprecio de un superior.

El día era frío aunque luminoso; el paisaje, nítido. Los árboles, los campos, las rocas daban la impresión de una gélida fragilidad, como si una racha de aire o un golpe pudiesen desmenuzarlos en música de viento. El motor del seiscientos hacía que el aire vibrara como el cristal; grandes pájaros negros volaban como dentro de un laberinto vítreo, girando repentinamente, o cayendo en picado, o elevando su vuelo en remolinos como entre invisibles paredes. La carretera estaba desierta. En el asiento posterior, el sargento D'Antona mantenía la boca de la metralleta asomada por la ventanilla, con el dedo en el gatillo. En aquella carretera, un mes

antes, habían hecho detenerse al coche de línea que iba de S. a C. y habían robado a todos los viajeros. Los asaltantes, todos jovencísimos, estaban ya en la cárcel de San Francesco.

El sargento observaba inquieto la carretera y pensaba en sueldo y gastos, mujer y sueldo, televisión y sueldo, niños enfermos y sueldo. El carabiniere que conducía pensaba en *Europa de noche*, que había visto la víspera, y en Coccinelle, que era un hombre, y en que cómo es posible, y en que ya le gustaría ver si lo era; y, tras este pensamiento, más bien visión que pensamiento, llevaba sumisa, escondida, para que el capitán no la descubriera, la preocupación de que no había comido en el cuartel y de si le daría tiempo a comer con los carabinieri de S. Y sin embargo, el capitán, que era un demonio de hombre, se la descubrió, dijo que en S. los dos, sargento y conductor, tendrían que ir a comer algo, y que sentía no haberse acordado de eso antes de salir. El carabiniere se sonrojó, pensó «es bueno, pero lee lo que me pasa por la cabeza», pues no era la primera vez; el sargento entonces dijo que no tenía apetito, y que podía quedarse sin comer hasta el día siguiente.

En S., el brigada, que no había sido avisado, salió casi con la boca llena, congestionado por la sorpresa y la contrariedad; tuvo que dejar en el plato el cordero asado, no estaría bueno si se le enfriaba y peor si tenía que recalentarlo: el *castrato* se come caliente, con la grasa aún goteando; y con el aroma a pimienta. Basta; hagamos penitencia y veamos qué novedades hay.

Novedades, había. El brigada esbozó su aprobación, pero que hubiera una relación entre el homicidio de Colasberna y la desaparición de Nicolosi, la verdad es que no estaba convencido del todo. Hizo llamar a la viuda, a dos o tres amigos de Nicolosi, al cuñado; así se lo dijo al carabiniere: «la viuda», pues no tenía duda de que estaba muerto y bien muerto; un hombre tranquilo como Nicolosi no desaparece durante tanto tiempo si no es por la sencilla razón de que está muerto. Y al tiempo le propuso al capitán que tomara un bocado. El capitán rehusó, dijo que ya había comido.

«Has comido», pensó el brigada; y su rencor se volvió gélido como lo era ya la grasa en torno a las costillas de cordero.

Era agraciada, la viuda: castaño el pelo y negrísimos los ojos, el rostro delicado y sereno, aunque con una sonrisa maliciosa insinuada en los labios. No era tímida. Hablaba un dialecto comprensible, el capitán no necesitó que el brigada le hiciese de intérprete; preguntaba a la señora el significado de ciertas palabras, y ella lograba a veces dar con la palabra italiana, o con una frase en dialecto explicaba el término dialectal. El capitán había conocido a muchos sicilianos, primero entre los partisanos y después entre los carabinieri; y había leído a Giovanni Meli, anotado por Francesco Lanza, y a Ignazio Buttitta con la traducción de Quasimodo en páginas alternas.

Aquel día el marido se había levantado hacia las seis. Ella le había oído levantarse, a oscuras, ya que él no quería despertarla; así lo hacía todas las mañanas, era un hombre de gran delicadeza (lo dijo así: «era»; evidentemente, compartía la opinión del brigada acerca de la suerte del marido). Pero ella, como cada mañana, se había despertado, y como cada mañana le había dicho «el café está preparado, en el aparador: sólo hay que calentarlo», y se había vuelto a dormir, pero no a dormirse del todo: como flotando en el sueño que la reclamaba. Oía al marido moverse en la cocina y luego le oyó bajar las escaleras y abrir desde la calle la puerta de la cuadra. El tiempo que tardara el marido en preparar al mulo, cinco o diez minutos, bastó para que volviera a recobrar el sueño. Lo interrumpió un sonido metálico, pues el marido había vuelto arriba a coger los cigarrillos y, en la oscuridad, mientras buscaba a tientas sobre la cómoda, hizo caer el Sagrado Corazón de plata, un regalo de la tía superiora: tía de ella, superiora en el monasterio de la Inmaculada. Eso casi la espabiló, y preguntó «¿qué pasa?»; el marido contestó: «Nada, duérmete; me había olvidado los cigarrillos». Ella le dijo: «Enciende la luz», pues ya tenía el sueño roto. El marido dijo que no hacía falta, y luego le preguntó si había oído dos tiros que habían disparado cerca de allí, o si había sido él,

al hacer caer sin querer el Sagrado Corazón, quien la había despertado. Porque él era así, capaz de estar todo el día con remordimiento por haberla despertado; la quería de veras.

—Pero ¿usted había oído los dos disparos?

—No. Yo tengo el sueño ligero con los ruidos de la casa, con los movimientos de mi marido; pero fuera ya pueden estar con los fuegos de Santa Rosalía^[6] que no me despierto.

—¿Y después?

—Después encendí yo misma la luz, la lámpara pequeña que está a mi lado. Me incorporé en la cama y le pregunté qué había sucedido, con aquellos dos disparos que se habían oído. Mi marido dijo: «No lo sé, pero he visto pasar corriendo...».

—¿A quién? —preguntó el capitán, y la repentina emoción le hizo inclinarse hacia la mujer por encima del escritorio.

Un súbito espanto descompuso los rasgos de ella, afeándola por un momento. El capitán volvió a apoyar su espalda en la silla y, con calma, preguntó de nuevo:

—¿A quién?

—Dijo un nombre que no recuerdo, o quizás un apodo; pensándolo bien podía ser un apodo.

Ella dijo *injuria*, y por primera vez el capitán necesitó de las dotes de intérprete del brigada.

—Apodo —aclaró el brigada—, aquí casi todos tienen apodos, y algunos tan ofensivos que son prácticamente injurias.

—Podía ser una injuria —dijo el capitán—, pero podía ser también un apellido extraño como una injuria... ¿Usted no había oído nunca antes el apellido o la injuria que pronunció su marido?... Trate de recordar: es muy importante.

—Quizá nunca lo había oído, antes...

—Trate de recordar... Y, mientras, dígame qué más dijo o hizo su marido.

—No dijo más. Se fue.

Desde hacía unos minutos la cara del brigada reflejaba, como si se hubiera congelado, la más amenazadora de las incredulidades:

exactamente desde que la mujer mostrase aquel repentino espanto. Aquél era, según el brigada, el momento adecuado para hacer que creciera ese espanto, para provocarle tanto miedo que le obligara a decir aquel nombre o apodo; porque, como hay Dios que lo tiene grabado en su mente, lo tiene... Y, sin embargo, el capitán se había vuelto aún más amable de lo habitual. «¿Pero quién se cree que es, Arsenio Lupin?», pensaba el brigada, cuyos lejanos recuerdos de lector le hacían cambiar ladrón por policía.

—Trate de recordar esa injuria —dijo el capitán—, mientras el brigada tiene la amabilidad de traernos un café.

«Y encima un café», pensó el brigada, «que ya no se le puedan apretar las tuercas como es debido, está bien; pero encima un café...», aunque sólo dijo:

—A la orden.

El capitán empezó a hablar de Sicilia, tanto más bella allí donde es más áspera y más desnuda. Y de la inteligencia de los sicilianos: un arqueólogo le había contado con cuánta habilidad, diligencia y delicadeza saben trabajar los campesinos en las excavaciones, mejor que los trabajadores especializados del norte. Y que no es verdad que los sicilianos sean vagos. Y que no es verdad que no tengan iniciativa.

Llegó el café y seguía hablando de Sicilia y de los sicilianos.

La mujer lo tomaba a pequeños sorbos, con una cierta elegancia para ser la mujer de un podador. Sobrevolando el panorama literario siciliano, desde Verga a *Il Gattopardo*, el capitán había ido a posarse sobre aquella especie de género literario, decía, que eran los apodos, las *injurias*, que a menudo, con agudeza, expresaban en una palabra todo un carácter. La mujer no le entendía muy bien, como tampoco el brigada, pero algunas cosas que la mente no entiende el corazón las entiende; y en su corazón de sicilianos las palabras del capitán eran como un susurro musical. «Es bonito oírle hablar», pensaba la mujer; y el brigada pensaba: «Lo que es hablar sí que sabes: mejor que Terracini»,^[7] que para él, ideas aparte, se

entiende, era el mejor orador que había oído, de todos los mítines electorales a los que le había tocado ir de servicio.

—Hay injurias que se fijan en el carácter o en los defectos físicos de un individuo —proseguía el capitán—, y otras que, al contrario, se centran en los rasgos morales; y hay otras todavía que se refieren a un acontecimiento o episodio particular. Y luego están las injurias heredadas, que se extienden a toda la familia; hasta constan en los mapas del catastro... Pero vayamos por orden: las injurias que hablan de los rasgos o los defectos físicos. Las más banales: «el Tuerto», «el Cojo», «el Contrahecho», «el Zurdo»... ¿Se parecía a alguna de éstas la injuria que dijo su marido?

—No —dijo la mujer sacudiendo la cabeza.

—Los parecidos: con animales, con árboles, con cosas... Por ejemplo, «el Gato»: para uno que tiene ojos grises, o alguna cosa que le hace parecerse a un gato... Conocí a uno a quien le apodaban *lu chiuppu*, o sea «el Chopo», por su estatura y por esa especie de estremecimiento que lo mueve: así me lo explicaron... Las cosas: veamos, apodos por semejanza con cualquier objeto...

—Conozco a uno apodado «Botellón» —intervino el brigada—, y es verdad que tiene forma de botellón.

—Si me permite —dijo el carabinero Sposito, quien por su inmovilidad se había vuelto invisible en aquella habitación—, de esas injurias que son nombres de cosas puedo decirle yo alguna: «Linterna», de uno que tiene los ojos saltones; «Pera pocha», de uno que está podrido de no sé qué enfermedad; *Vircuocu*, o sea «Albaricoque», no sé por qué, quizá porque tenga una cara inexpresiva; «Hostiadvina», porque tiene la cara redonda y blanca como una hostia...

El brigada tosió intencionadamente: no admitía que se hiciesen bromas alusivas a personas o a cosas que de algún modo tuviesen que ver con la religión. Sposito calló.

El capitán interrogó con la mirada a la mujer. Ella negó varias veces moviendo la cabeza. El brigada, con unos ojos que parecían haberse vuelto dos rendijas acuosas entre los párpados, se inclinó

con brusquedad a mirarla, y ella, precipitadamente, como si el nombre le hubiera venido como un hipo repentino, dijo:

—*Zicchinetta*.

—*Zecchinetta* —tradujo inmediatamente en italiano Sposito—, un juego de azar; se juega con cartas sicilianas...

El brigada le echó una mirada asesina: había pasado ya el momento de la filología, ahora tenían el nombre; y que significase juego de cartas o santo del paraíso era lo de menos (y en su cabeza resonaban de tal modo las señales de la caza, excitándole, que el santo del paraíso se dio de bruces con la baraja siciliana).

El capitán, en cambio, sintió en su interior, de golpe, un oscuro desaliento: un sentimiento de desilusión, de impotencia. El nombre, o la injuria que fuese, había salido a flote, pero únicamente cuando el brigada se había convertido, a los ojos de la mujer, en una espantosa amenaza de inquisición y de arbitrariedad. Quizás aquel nombre lo recordaba la mujer desde el momento en que su marido lo había pronunciado y no era cierto que lo había olvidado. O que solamente el miedo repentino y desesperado le había hecho volver a encontrarlo en su memoria. Pero sin el brigada, sin su amenazadora transformación, un hombre grueso y bonachón que de pronto se convierte en un magma amenazador, quizá no habrían llegado a conseguir aquel nombre.

—En el tiempo que tarde en afeitarme —dijo el brigada—, sabré si ese tal *Zicchinetta* es uno del pueblo: mi barbero les conoce a todos.

—Ve —dijo el capitán cansinamente.

Y el brigada se preguntó: «¿Y ahora qué le pasa?». Le pasaba que, en la desilusión, era presa de la nostalgia: el haz de sol que caía, como polvillo dorado, sobre la mesa, iluminaba el rumor de las chicas en bicicleta por las carreteras de Emilia, la filigrana de los árboles recortándose contra un cielo blanco; y una gran casa donde la ciudad se abandonaba al campo, dulcísima a la luz de la tarde y del recuerdo: «Donde tú faltas», se decía con las palabras de un poeta de su tierra,^[8] «a la antigua costumbre vespertina»; palabras

que el poeta había escrito para su hermano muerto, y que, en la pena que le causaba la lejanía, en su desilusión, al capitán Bellodi le hacían sentirse un poco muerto.

La mujer le miraba con aprensión, entre los dos estaba el haz de sol que caía sobre la mesa, creando una distancia que para él tenía un sentido de irrealidad y para la mujer, en cambio, tenía una dimensión obsesiva, de pesadilla.

—¿Qué tipo de hombre era su marido? —preguntó el capitán, y al hacer la pregunta se dio cuenta de que le salía natural preguntar por él como si estuviera muerto.

La mujer no comprendió, perdida como estaba en sus pensamientos.

—Deseo saber qué carácter tenía, qué costumbres, qué amigos.

—Era un hombre bueno: su trabajo, su casa... Los días que no trabajaba iba a pasar algunas horas al Círculo de Labradores. Los domingos al cine, conmigo. Tenía pocos amigos, muy buenas personas: el hermano del alcalde, un guardia municipal...

—¿Había tenido alguna vez disputas, conflictos por intereses, enemistades?

—Nunca; al revés, todos le apreciaban; no era del pueblo, y aquí los forasteros están siempre a gusto.

—Ya, no era del pueblo. ¿Y usted cómo le conoció?

—Él me conoció a mí, en una boda: un pariente mío se casó con una de su pueblo, y yo fui a la boda con mi hermano. Él me vio allí, y cuando ese pariente mío volvió del viaje de novios, le encargó que viniera a ver a mi padre para pedirme en matrimonio. Mi padre se informó y luego habló conmigo. Me dice: «Es un buen chico, tiene un oficio de oro» y yo le digo que no sé ni qué cara tiene, que antes quiero conocerle. Vino un domingo, no para hacernos novios, como amigo; habló poco, me estuvo mirando todo el tiempo como si tuviera un encantamiento. Hechizado, decía ese pariente mío: como si yo le hubiera lanzado un hechizo; lo decía de broma, se entiende. Me decidí a casarme con él.

—¿Y le quería?

—Claro, estábamos casados.

Volvió el brigada, que desprendía olor a colonia de barbería. Dijo «nada» y se puso detrás de la mujer para darle a entender al capitán con una mímica frenética que quería decir que la hiciera salir de allí, que había novedades, que se había enterado de cosas increíbles que tenían que ver con esa mujer; nada de *zicchinettas*, decía una mano agitada como un molinillo a la altura de la cabeza.

La señora fue despedida. Jadeante, el brigada soltó la noticia de que ella tenía un amante: un tal Passerello, cobrador de la compañía eléctrica. Noticia segura, si la sabía don Ciccio, el barbero.

El capitán no se mostró sorprendido, sino que preguntó qué había de Zicchinetta; de este modo dio al traste con la vieja costumbre de dar prioridad a los elementos pasionales de un crimen, cuando éste presenta elementos pasionales.

—Don Ciccio —dijo el brigada— excluye tajantemente que en el pueblo haya alguien con ese apellido o esa injuria: y en estas cosas don Ciccio es casación... Y si dice que el pobre Nicolosi era cornudo, podemos certificar con timbre y sello que hay cuernos. Así que convendría ir a por Passerello y darle un estrujoncito...

—No —dijo el capitán—, en vez de eso haremos una pequeña excursión, una visita a tu colega de B.

—Entendido —dijo el brigada, contrariado.

Hicieron el viaje hasta B. en silencio, bordeando el mar, cuya quietud marchitaba los colores del cielo. Encontraron al brigada en su despacho; sobre su mesa destacaba un expediente con el nombre de Diego Marchica, alias Zicchinetta, que meses atrás había salido de la cárcel al beneficiarse de una amnistía; y destacaba también sobre la mesa del brigada un expediente, basado en ciertas confidencias sobre el juego, precisamente de la *zecchinetta*, que Marchica practicaba en el Círculo de Cazadores, donde perdía sumas bastante considerables de dinero que pagaba prontamente; lo cual para un jornalero en paro era prácticamente imposible a menos que dispusiera de recursos secretos y ciertamente ilícitos.

Nacido en 1917, Marchica había comenzado su carrera en 1935: robo con daños; condenado. En 1938, incendio doloso; quienes, mediante testimonio, le habían hecho condenar por robo, vieron cómo ardían sus gavillas de trigo en la misma era; absuelto por insuficiencia de pruebas. En agosto de 1943, robo a mano armada, posesión de armas de guerra, asociación para delinquir; juzgado por los americanos, absuelto (no se entendía por qué motivo). En 1946, pertenencia a banda armada: apresado en un enfrentamiento a tiros con los carabineros; condenado. En 1951, homicidio; insuficiencia de pruebas, absuelto. En 1955, tentativa de homicidio en una pelea; condenado. Era interesante la imputación de homicidio reseñada en 1951: un homicidio por encargo, según resultaba de las declaraciones hechas a los carabineros por sus cómplices; luego, esas declaraciones, se entiende, se disolvieron como la nieve en la fase de instrucción: los dos que habían confesado mostraron al juez y a los médicos cardenales, escoriaciones y anquilosis, por supuesto debidas a las torturas que les habían infligido los carabineros. Era curioso que Marchica, que había sido el único que no había hablado, no mostrase al juez ni siquiera un moratón. Un sargento y dos carabineros fueron enviados a juicio por declaraciones obtenidas mediante torturas; pero fueron absueltos por no haber cometido los hechos. Las confesiones, por tanto, venían a considerarse implícitamente espontáneas; pero el caso no se volvió a abrir, o quizá los papeles seguían discurriendo por el laberinto de la justicia.

Las notas definían a Marchica como a un delincuente habilísimo y sagaz, un sicario de absoluta confianza, aunque capaz, juego y vino de por medio, de imprevistas reacciones de cólera, como lo demostraba la tentativa de homicidio en una pelea. Había también en el expediente un informe relativo a un mitin del diputado Livigni, el cual, rodeado por la flor y nata de la mafia local, a su derecha el decano don Calogero Guicciardo, a su izquierda Marchica, había aparecido en el balcón central de la casa de los Alvarez; y en un momento dado de su discurso había dicho textualmente «se me

acusa de tener relaciones con los mafiosos, y por lo tanto con la mafia; pero yo os digo que hasta ahora no he sido capaz de saber qué es la mafia, ni si existe; y puedo juraros, con perfecta conciencia de católico y de ciudadano, que no he conocido a un mafioso en mi vida», a lo que desde la parte de la Via La Lumia, en el límite de la plaza, donde solían agruparse los comunistas cuando sus adversarios celebraban un mitin, llegó clarísima la pregunta: «¿Y esos que están con usted, qué son, seminaristas?», y una risotada serpenteó entre la multitud mientras el *onorevole*, como si no hubiera oído la pregunta, se lanzaba a exponer su programa para sanear la agricultura.

Este informe, entre los demás papeles que concernían a Marchica, servía para advertir de la protección de la que, en caso de un posible arresto, quizá podría disfrutar Marchica. El brigada de B. conocía su oficio.

—Hay movimiento —dijo el viejo—, hay un movimiento que no me gusta: los esbirros traman algo.

—Traman aire —repuso el joven.

—No te creas que los esbirros son todos tontos; los hay que, a alguien como tú, podrían quitarle los zapatos de los pies y caminarías descalzo sin haberte dado cuenta... En el treinta y cinco, me acuerdo, había aquí un sargento que tenía el olfato de un perdiguero, hasta la cara la tenía de perro. Pasaba algo, y éste seguía el rastro, te pillaba como se caza a una liebre apenas destetada. Qué olfato tenía, el hijo de...; había nacido esbirro como se nace cura o cornudo. No creas que uno es cornudo porque le ponen los cuernos las mujeres, o se hace cura porque de pronto le viene la vocación: es que se nace. Y uno no se hace esbirro porque en un momento dado necesita buscarse la vida, o porque lee un bando de reclutamiento: se hace esbirro porque había nacido esbirro. Lo digo por los que son esbirros en serio; los hay, pobrecillos, que están hechos de pasta flora; yo a éstos no les llamo

esbirros. A uno tan buen tipo como aquel brigada que estuvo aquí durante la guerra, ¿cómo se llamaba?, aquel que era amigo de los americanos: ¿a ése le vas a llamar esbirro? Sí que hacía favores, y nosotros también se los hicimos, cajas de pasta y damajuanas de aceite. Un caballero. Porque no había nacido esbirro, pero tonto tampoco era... Llamamos esbirros a todos los que llevan en la gorra la llama con el V. E...^[9]

—Lo llevaban, el V. E.

—Lo llevaban, siempre me olvido de que ya no hay rey... Pero entre ellos los hay tontos, los hay gente de bien y los hay esbirros de veras, los esbirros natos. Lo mismo que con los curas: ¿vas a llamar cura al padre Frazzo? Lo mejor que se puede decir de él es que es un buen padre de familia. El padre Spina, en cambio, ése sí que ha nacido cura.

—¿Y los cornudos?

—Ahora voy con los cornudos. Uno descubre que se la están jugando en su propia casa y hace una carnicería: no es un cornudo nato. Pero si hace como que no pasa nada, o se resigna con sus cuernos, entonces es que ha nacido cornudo... Ahora te digo cómo es el esbirro nato. Llega a un pueblo: tú empiezas a acercarte a él, a ser amable con él, a cubrirte con él; a lo mejor, si tiene mujer, llevas a tu mujer de visita, las mujeres se hacen amigas, os hacéis amigos, la gente os ve juntos y piensa que sois una piña de amistad. Y tú te haces la ilusión de que él te vea como una persona de bien, con buenos sentimientos, a prueba de amistad; y, sin embargo, para él siempre serás lo que digan de ti los papeles que tiene en el despacho. Y si te han puesto una multa, para él eres en todo momento, incluso cuando tomáis café en el salón, alguien a quien han puesto una multa. Y si llegas a hacer algo que esté prohibido, por poco que sea, incluso si estáis solos él y tú y ni siquiera el padre eterno os ve, te pone la sanción como si nada.

»Figúrate si encima haces algo gordo. Me acuerdo que en el veintisiete había aquí un brigada que en mi casa, como suele decirse, tenía parada y fonda: su mujer y sus hijos no había día que

no viniesen a casa, y había tanto trato que el hijo menor, un niño de tres años, le llamaba tía a mi mujer. Un día le veo aparecer por casa con una orden de arresto. Era su deber, lo sé: eran malos tiempos, estaba Mori... Pero cómo me trató: como si no nos hubiéramos visto nunca, como si no nos conociéramos... Y cómo trató a mi mujer, cuando fue al cuartel a saber algo de mí: como un perro rabioso...

»*Cu si mitti cu li sbirri, ci appizza lu vinu e li sicarri*^[10] dice el proverbio: con aquel brigada sí que es verdad que me quedé sin vino y sin cigarros, ya que se bebía mi vino y se fumaba mis cigarros a discreción.

—En el veintisiete —dijo el joven—, con el fascismo, la cosa era distinta: Mussolini ponía a los diputados y a los jefes locales; hacía todo lo que le venía en gana. Ahora los diputados y los alcaldes los pone el pueblo...

—El pueblo —sonrió maliciosamente el viejo—, el pueblo... El pueblo cornudo era y cornudo sigue siendo: la diferencia es que el fascismo colgaba una sola bandera de los cuernos del pueblo y la democracia deja que cada cual se cuelgue la suya, del color que le guste, de sus propios cuernos... Volvemos al discurso de antes: no hay sólo algunos hombres que nacen cornudos, hay también pueblos enteros; cornudos desde la antigüedad, una generación tras otra...

—Yo no me siento cornudo —dijo el joven.

—Ni yo tampoco. Pero nosotros, querido, caminamos sobre los cuernos de los demás, como si bailáramos... —Y el viejo se puso en pie y comenzó a dar pasitos de danza, queriendo imitar el equilibrio y el ritmo de quien camina sobre cuernos, de una punta a otra.

El joven rio; era un placer oírle hablar. La fría y astuta violencia por la que había sido famoso en su juventud, el calculado riesgo, la prontitud de mente y de mano, todas las cualidades, en suma, que le habían valido el respeto y el miedo que le circundaban, a veces parecían retirarse de él, como el mar de la orilla, dejando sobre la arena de los años conchas vacías de sabiduría. «A veces se vuelve filósofo», pensaba el joven: al considerar la filosofía como una

suerte de juego de espejos, donde la larga memoria y el breve futuro se enviaban, mutuamente, una luz crepuscular de pensamientos y de torcidas e inciertas imágenes de la realidad. Pero había momentos en que rebrotaba el hombre duro y despiadado que había sido: y lo curioso era que cuando recuperaba su más severo y justo juicio sobre las cosas del mundo, las palabras cuernos y cornudos menudeaban en su discurso, con significados y matices diversos, pero siempre para expresar desprecio.

—El pueblo, la democracia —dijo el viejo, volviendo a tomar asiento, un tanto jadeante por la demostración que había hecho de su saber caminar sobre los cuernos de la gente—, son bellos inventos: cosas inventadas en sobremesa, por gente que sabe poner una palabra en el culo de otra y todas las palabras en el culo de la humanidad, hablando con respeto... Digo hablando con respeto por la palabra humanidad... Un bosque de cuernos, la humanidad, más espeso que el bosque de la Ficuzza cuando era un bosque de verdad. ¿Y sabes quién se divierte paseando sobre los cuernos? Primero, y guárdatelo bien en la cabeza: los curas; segundo: los políticos, y cuanto más dicen que están con el pueblo, que quieren el bien del pueblo, tanto más le pisotean los cuernos; tercero: los que son como yo y como tú... Es verdad que existe el riesgo de pisar en falso y quedarte ensartado, lo mismo para mí que para los curas y los políticos, pero incluso si me desgarras ahí dentro, un cuerno siempre es un cuerno y el cornudo es quien lo lleva en la cabeza... Qué satisfacción, Dios santo, qué satisfacción: estoy mal, me muero, pero sois unos cornudos... Y a propósito: el cornudo de Parrinieddu me hace sospechar, seguro que en ese movimiento de esbirros él tiene que haber metido la pezuña... Ayer me lo encontré y su cara cambió de color; hizo como que no me veía y se escabulló rápidamente... Yo digo: te he dejado que espieras porque, lo sé, tienes que buscarte la vida; pero tienes que hacerlo con juicio, no tienes que ir a arrojarte contra la Santa Iglesia —y con «la Santa Iglesia» quería decir él mismo, en cuanto intocable, y el sagrado nudo de amistades que representaba y custodiaba.

Y, mientras seguía dirigiéndose a Parrinieddu, como si lo tuviera delante, dijo con gélida solemnidad:

—... y si te arrojas contra la Santa Iglesia, yo, querido, ¿qué puedo hacer?: nada, sólo te digo que en el corazón de los amigos estás muerto.

Permanecieron en silencio durante un momento, casi como si recitasen un réquiem por el hombre que en sus corazones estaba muerto. Luego el viejo dijo:

—A Diego, yo lo mandaré lejos durante algunos días para que se distrajera; me parece que tiene una hermana en Génova...

Diego Marchica fue detenido en el Círculo de Cazadores a las nueve de la noche. El brigada de B., que con un viaje quería hacer dos servicios, sólo consiguió hacer uno: quería sorprender a los jugadores en el azar de la *zecchinetta* y detener a Diego; pero los jugadores estaban inmersos, incluido Diego, en una inocente brisca, ya que, evidentemente, había alguien apostado que había visto aproximarse a los carabineros. Pero Diego, brisca o no brisca, primero indignado y luego remiso, fue conducido al cuartel entre los comentarios de la gente. Comentarios que llegaban a los oídos de Diego y de los carabineros como expresiones de asombro y de conmiseración («pero ¿qué ha hecho?, pero si se dedicaba a sus asuntos, pero si no molestaba a nadie...»), aunque, por lo bajo, apenas susurrados, expresaban sus casi unánimes votos de que Diego pasase el resto de su vida en los presidios patrios.

Y, mientras en B. detenían a Diego, en S. Parrinieddu se convertía en el número que la cábala de la lotería asigna al que muere asesinado: única forma de supervivencia, alma inmortal aparte, a la que estaba destinado.

Calogero Dibella, alias Parrinieddu, había atravesado las veinticuatro últimas horas de su vida como a veces, en sueños, se atraviesan bosques que nunca se acaban: altos y densos hasta impedir la luz, tenaces como enredaderas. Por primera vez desde

que hacía de confidente había puesto en manos de los carabinieri un hilo del que tirar y que, si se hacía bien, habría podido desenmallar todo un tejido de amistades y de intereses en el que estaba entramada su misma existencia. Por lo general, sus confidencias incumbían a personas extrañas a esa trama de amistades y de intereses: jovenzuelos desconsiderados que por la noche veían un atraco en el cine y al día siguiente asaltaban un autobús; delincuentes de poca monta, por tanto, aislados, sin protecciones. Pero esta vez la cosa era distinta: es verdad que había dado dos nombres, uno el de La Rosa, que no entraba en la partida; pero el otro era un nombre seguro, el hilo correcto. Y desde el momento en que lo pronunció no tuvo un momento de paz: su cuerpo era una esponja embebida de terror, hasta el punto de que el ardor en el hígado y la dolorosa punzada en el corazón parecían apagados.

Pizzuco, que quiso retenerlo en el café Gulino para invitarle a un *amaro*, como tantas otras veces, primero se quedó perplejo por el rechazo y por el brusco alejarse de Parrinieddu, como si huyera; y siguió pensando en ello, pues no era de mente muy despierta, el resto del día. Parrinieddu, por su parte, ese resto del día lo pasó dándole significados de muerte al *amaro* ofrecido, amarga traición, amarga muerte, desentendiéndose por completo de la notoria afición al *amaro*, cirrosis según los médicos, de Pizzuco: *amaro* siciliano, por supuesto, de la casa Fratelli Averna, *amaro* sobre el que se fundaba la persistente fe separatista de Pizzuco, excombatiente del EVIS,^[11] según él; tan sólo cómplice de Giuliano, según la policía.

Muchos otros notaron la desazón de Parrinieddu, y su caminar inquieto, como de quien siente un mastín en los talones; y lo notaron aún más aquellos a quienes temía y quería esquivar. Y luego el encuentro con el hombre a quien más temía, con el hombre capaz ya de saber o de adivinar lo que se había dicho, confidencialmente, tras las paredes de un despacho. Había aparentado no verle, había doblado la esquina inmediatamente, pero el otro le había visto, le

había seguido con aquella mirada suya que parecía apagada bajo los pesados párpados.

Desde aquel encuentro, las últimas veinticuatro horas del confidente transcurrieron atroces y frenéticas. La ensoñación de la fuga, que sabía imposible, se alternaba con la visión de sí mismo muerto. La fuga era el largo silbido de los trenes, el campo que se abría ante la marcha del tren, pueblos que desfilaban lentos, con mujeres en las ventanas y vividas flores; y luego un túnel repentino, las palabras de muerte pronunciadas por el traqueteo del tren, las negras aguas de la muerte que se cerraban sobre él.

Sin saberlo, en tres días de inquietud, de pasos en falso, de visibles sobresaltos y zozobras, él mismo se había cavado su fosa. Ahora le iban a matar, «como a un perro», pensaba; pero creía que la muerte le llegaría por la infamia cometida, porque la conocieran o la sospecharan, y no porque, al estallarle el miedo como una locura, él mismo hubiera ofrecido la imagen de la traición consumada. Los dos nombres que se había dejado sacar sólo estaban en la memoria del capitán Bellodi, el cual, no queriendo tener que vérselas con un muerto más, tenía la firme intención de proteger al confidente; pero Parrinieddu, con los nervios ya consumidos por la ansiedad, veía flotar en el aire su confidencia, como aventada en la era. Y ya perdido, al alba de la que debería ser su última jornada, escribió al capitán, sobre un fino papel de correo aéreo, dos nombres y luego «estoy muerto», y como cierre epistolar «mis respetos, Calogero Dibella». Fue a echar la carta al correo cuando el pueblo estaba aún desierto, y pasó todo el día o bien vagando por las calles o bien volviendo a entrar en su casa precipitadamente, decidido una decena de veces a encerrarse en casa y otras tantas a dejarse matar, hasta que, con la última decisión de esconderse, a la puerta de su casa, le alcanzaron dos infalibles disparos de pistola.

Su carta la leyó el capitán después de haber conocido su muerte. Tras haber dado al brigada de B. las instrucciones para la detención de Marchica, el capitán Bellodi había regresado a C., cansadísimo, y directamente a su alojamiento. Cuando le avisaron de la muerte de

Dibella, bajó al despacho y, entre el correo de la tarde, encontró la carta. Le causó una profunda impresión.

Aquel hombre salía del escenario del mundo con una última delación: la más precisa y explosiva que jamás había hecho. Dos nombres en el centro del folio y, debajo, casi al margen, el desesperado mensaje, los «respetos» y la firma. Y no era la importancia de la delación lo que impresionaba al capitán, sino la desesperación, la agonía que la había suscitado. Aquellos «respetos» le conmovían, por fraternal piedad y por doloroso fastidio: la piedad y el fastidio de quien, bajo apariencias ya clasificadas y definidas y reprobadas, descubre de repente, desnudo y trágico, el corazón humano. Con su muerte, con su postrer saludo, el confidente se le había acercado con una confianza más humana, que seguía siendo desagradable, fastidiosa, pero que sin embargo encontraba, en el sentimiento y en los pensamientos del hombre al que iba dirigida, una respuesta de piedad, de religión.

De ese estado de ánimo surgió, repentina, la cólera. El capitán sintió la angustia en la que la ley le obligaba a moverse; al igual que sus suboficiales, anheló disponer de un excepcional poder, una excepcional libertad de acción; un codicioso anhelo que siempre había condenado en sus brigadas. Una excepcional suspensión de las garantías constitucionales en Sicilia durante algunos meses y el mal quedaría extirpado para siempre. Pero le vinieron a la memoria las represiones de Mori,^[12] el fascismo, y recuperó la medida de sus propias ideas, de sus propios sentimientos. No obstante, su cólera persistía, una cólera de hombre del norte que abarcaba a Sicilia entera: esa región que en la dictadura fascista había sido la única en Italia que había conseguido alguna libertad, la libertad que reside en la seguridad de vida y de bienes. Cuántas otras libertades había costado esa libertad suya era algo que los sicilianos no sabían ni querían saber: habían visto en el banquillo de los acusados, en los grandes procesos de los tribunales, a todos los *don* y a todos los *tíos*, a los poderosos jefes electores y a los comendadores de la Corona, a médicos y abogados que se entregaban a la delincuencia

o la protegían; los magistrados débiles y corruptos habían sido destituidos, los funcionarios complacientes, alejados. Para el campesino, para el pequeño propietario, para el pastor, para el minero del azufre, la dictadura hablaba ese lenguaje de libertad. «Y ésta es quizá la razón por la que en Sicilia», pensaba el capitán, «hay tantos fascistas: no es que ellos hayan visto el fascismo solamente como una payasada y nosotros, desde el ocho de septiembre,^[13] lo hayamos sufrido como una tragedia, no es sólo eso; es que en el estado en el que se encontraban les bastaba con una sola libertad, y con las otras no sabían ni qué hacer.» Pero no era éste aún un juicio sereno.

Y, dando rienda suelta a estos pensamientos, tan pronto claros como tan pronto, por defecto de conocimiento, confusos, viajaba ya hacia S., en la noche que la helada luz de los faros hacía todavía más vasta y misteriosa, un espacio ilimitado de esquistos resplandecientes y de candentes apariciones.

El brigada de S. había tenido un día terrible, pero peor se le presentaba la noche, en la que por momentos le sumergían las tácitas e insidiosas aguas del sueño. Se había traído del pueblo vecino a Marchica, quien a decir verdad se mostraba tranquilo, e incluso medio dormido, como un cachorrillo pegado a la teta de su madre; igual de tranquilo entró luego en el calabozo, y ya antes de que se volviera a cerrar la puerta se había dejado caer sobre el camastro como un saco de huesos.

Y por si no bastara con Marchica, hete aquí que el brigada se encontraba con el muerto como última sorpresa de la jornada. Era más que suficiente para sacar de quicio al hombre más tranquilo; pero en el brigada, con la languidez del hambre combinándose con el cansancio, había tan sólo sueño. Y justo cuando escapaba a tomar un café, la voz del capitán, llegado en aquel momento, le detuvo en el mismo umbral del bar; lo cual decía mucho acerca de su mala estrella, al menos en lo tocante a las relaciones con sus superiores. Pero el capitán se reunió con él y se tomó también un café, y quiso pagarlos a pesar de que el encargado dijera que el bar,

impersonalmente, tenía el placer de invitar a café al señor capitán y al señor brigada, haciendo que espumara, tan silenciosamente como la cerveza en la jarra, el malhumor del brigada, quien pensaba «ahora éste se va a imaginar que yo vengo a este bar a consumir de gorra». Pero el capitán tenía pensamientos bien distintos.

El cuerpo de Parrinieddu estaba todavía sobre el adoquinado, cubierto con un paño de color azul. Los carabineros de guardia levantaron el paño: el cuerpo estaba encogido como en el sueño prenatal, en la oscura matriz de la muerte. Había escrito «estoy muerto» y allí estaba, muerto casi en el umbral de su casa; desde las ventanas cerradas llegaba el sumiso quejido de dolor de su mujer y el murmullo de las vecinas que habían acudido a confortarla. El capitán lo miró durante un momento, hizo ademán de que lo recubrieran: la visión de los muertos siempre le perturbaba, y en particular ahora. Volvió sobre sus pasos hacia el cuartel, seguido del brigada.

Este era su plan: detener inmediatamente a los dos de quienes Parrinieddu le había hecho postrera confidencia, interrogarles en las condiciones y modos que con habilidad ya había diseñado: por separado y casi simultáneamente; a los dos y al tercero que ya estaba a buen recaudo. Al brigada la detención de Rosario Pizzuco le parecía fácil, es decir, sin eventuales complicaciones consiguientes; pero con el segundo nombre, que el confidente sólo muerto, como se declaraba, había tenido el valor de escribir, tuvo la visión de la sucesión de problemas que, cayendo peldaño a peldaño como una pelota de goma, acabaría por rebotarle en la cara a él, brigada mayor Arturo Ferlisi, al mando del puesto de S., aunque, a tenor de cómo se estaban poniendo las cosas, no por mucho tiempo. Abrumado, le hizo ver al capitán, con todo respeto, las consecuencias. El capitán ya las había valorado. No había nada que hacer: había que atar al burro donde quería el amo; al brigada Ferlisi le parecía estar atando al burro en medio de la cacharrería; y que el efecto de su coz podría ser de los que se recuerdan para siempre.

—No entiendo, de verdad que no lo entiendo: un hombre como don Mariano Arena, un hombre de bien, su casa, su parroquia y nada más; y a su edad, el pobre, con tantos achaques encima, tantas cruces... Y se le detiene como a un delincuente mientras, permítame decírselo, tantos delincuentes se dan la buena vida delante de nuestros ojos, mejor diría de los suyos; aunque sé cuánto, personalmente usted, trata de hacer, y aprecio muchísimo su trabajo, incluso si no me corresponde a mí apreciarlo en su justo mérito...

—Gracias, pero hacemos, todos, lo que podemos.

—No, no, permítame decírselo... Cuando se va de noche a llamar a la puerta de una casa honrada, sí, honrada, y se saca de la cama a un pobre cristiano, viejo y enfermo además, y se le lleva a la cárcel como a un malhechor, hundiendo en la consternación y en la angustia a toda una familia, pues no, eso no es algo, no diré humano, sino, permítame decírselo, justo...

—Pero existen fundadas sospechas de que...

—Fundadas ¿dónde y cómo? Alguien pierde la razón, le envía un papelito con mi nombre y usted viene aquí, en mitad de la noche y, viejo como soy, sin consideración por mi pasado de hombre de bien, me arrastra hasta la cárcel como si nada.

—La verdad es que en el pasado del señor Arena alguna mancha sí que hay...

—¿Mancha?... Amigo mío, permítame decírselo, como siciliano y como el hombre que soy, si por ello merezco un poco de su confianza: aquí el famoso Mori derramó sangre y lágrimas... Fue una de las cosas del fascismo que, por favor, mejor es no tocar, y mire que yo no soy un detractor del fascismo, algunos diarios me llaman fascista sin más... ¿Acaso no había nada bueno en el fascismo? Lo había, ya lo creo... Ese griterío que llaman libertad, esos puñados de fango que vuelan por el aire para ir a ensuciar las ropas más inmaculadas y los sentimientos más puros... Pero mejor

dejarlo... Mori, como le decía, fue aquí un flagelo de Dios: pasaba y cogía, como aquí se suele decir, duras y maduras; a quien tenía algo que ver y a quien no tenía nada que ver, a bribones y a hombres de bien, a su capricho y al de quien espiase para él... Fue un sufrimiento, amigo mío, y para toda Sicilia... Y ahora me viene a hablar de mancha. ¿Qué mancha? Si conociese, como yo le conozco, a don Mariano Arena, no hablaría usted de manchas: un hombre, permítame decírselo, como hay pocos, no digo por la integridad de su fe, que a usted, no quiero considerar si acertadamente o no, puede que no le interese, sino por honestidad, por amor al prójimo, por sabiduría... Un hombre excepcional, se lo aseguro: tanto más si se piensa que careció de instrucción, de cultura... Pero usted sabe cuánto más vale la pureza de corazón que la cultura... Detener ahora a un hombre semejante como a un malhechor es algo que, permítame decírselo con mi sinceridad de siempre, me hace pensar cabalmente en los tiempos de Mori...

—Pero para la voz pública Arena es un jefe de la mafia.

—La voz pública... pero ¿qué es la voz pública? Una voz en el aire, una voz del aire, que lleva consigo la calumnia, la difamación, la vil venganza... Además, ¿qué es la mafia?... También una voz, eso es la mafia: que la haya todos lo dicen, dónde esté nadie lo sabe... Voz, voz que vaga, y que retumba en las cabezas débiles, permítame decírselo... ¿Sabe lo que decía Vittorio Emanuele Orlando?^[14] Le cito sus palabras, que, lejos como estamos de sus concepciones, asumen, dichas por nosotros, mayor, permítame decírselo, autoridad. Decía...

—Pero la mafia, al menos por ciertas manifestaciones que yo mismo he podido constatar, existe...

—Eso me duele, hijo mío, eso me duele: como siciliano, me causa usted dolor, y como hombre razonable que presumo ser... Sin que nada tenga que ver lo que, modestamente, represento, se entiende... Pero el siciliano que soy, y el hombre razonable que presumo ser, se rebelan contra esa injusticia que se comete con Sicilia, contra esa ofensa a la razón. Cuidado, que la razón, para mí,

naturalmente, tiene la erre minúscula, siempre... Dígame usted si es posible concebir la existencia de una asociación criminal tan vasta y organizada, tan secreta, capaz de dominar no sólo media Sicilia, sino incluso los Estados Unidos de América, y con un jefe que está aquí, en Sicilia; visitado por periodistas y presentado luego por los periódicos, el pobre hombre, con las tintas más oscuras... ¿Le conoce usted? Yo sí: un buen hombre, padre de familia ejemplar, trabajador infatigable. Y se ha enriquecido, claro que se ha enriquecido, pero con el trabajo. Y tuvo, también él, sus problemas con Mori... Hay hombres respetados: por sus cualidades, por su saber hacer, por la capacidad de comunicar que tienen, de crearse inmediatamente una relación de simpatía, de amistad; y la que usted llama voz pública, el viento de la calumnia, se eleva de inmediato para decir «éstos son los capos de la mafia...». Y hay algo que usted no sabe: esos hombres que la voz pública le señala como jefes de la mafia, tienen una cualidad que me gustaría poder encontrar en cada hombre, y que bastaría para salvar a todo hombre ante Dios: el sentido de la justicia... Instintivo, natural: un don... Este sentido de la justicia les hace objeto del respeto...

—Ése es el punto clave: la administración de justicia es competencia del Estado, y no se puede admitir que...

—Hablo de sentido de la justicia, no de administración de la justicia... Y además le digo: si nosotros dos nos peleamos por un trozo de tierra, por una herencia, por una deuda, y viene un tercero a ponernos de acuerdo, a resolver la pendencia... en cierto sentido, viene a administrar justicia, pero ¿sabe usted qué nos hubiera pasado si hubiéramos continuado litigando ante *su* justicia? Pasarían los años, y a lo mejor por impaciencia o por rabia, uno de nosotros, o los dos, nos habríamos entregado a la violencia... No creo, en suma, que un hombre de paz, un hombre que pone paz, venga a usurpar el ejercicio de la justicia que el Estado detenta y que, por supuesto, es legítimo...

—Puestas las cosas en ese plano...

—¿Y en qué plano quiere ponerlas? ¿En el plano de ese colega suyo que ha escrito un libro sobre la mafia que, permítame decírselo, es una fantasía tal que nunca me la hubiera esperado de un hombre responsable...?

—Para mí la lectura de ese libro ha sido muy instructiva...

—Si me quiere decir que ha aprendido cosas nuevas, está bien; pero que las cosas de las que habla el libro existan de verdad, eso es algo bien diferente... Pero pongamos las cosas en un plano distinto: ¿ha habido nunca un proceso del que haya resultado la existencia de una asociación criminal llamada mafia a la que atribuir con certeza el mandato o la ejecución de algún crimen? ¿Se ha encontrado alguna vez un documento, un testimonio, una prueba cualquiera que establezca una relación segura entre un hecho criminal y la llamada mafia? Faltando esa relación, y admitiendo que la mafia exista, le puedo decir: es una asociación de mutuo socorro secreto, ni más ni menos que la masonería. ¿Por qué no atribuyen ustedes ciertos delitos a la masonería? Hay tantas pruebas de que la masonería cometa acciones delictivas como las hay de que las cometa la mafia...

—Yo creo...

—Créame a mí, déjese engañar por mí: pues, por lo que indignamente represento, Dios sabe si acaso quiero y puedo engañarle... Y le digo más: cuando usted, con la autoridad de la que está investido, dirige, ¿cómo decirlo?, su atención hacia personas señaladas por la voz pública como pertenecientes a la mafia, sólo por el hecho de que están señaladas como mafiosas, sin pruebas concretas ni de la existencia de la mafia ni de la pertenencia a la misma de tales personas, pues bien: usted comete, en presencia de Dios, una persecución injusta... Y precisamente es éste el caso de don Mariano Arena... Y de ese oficial que le ha detenido, sin pensárselo dos veces, con una ligereza, permítame decírselo, nada digna de la tradición del Arma, diremos en el latín de Suetonio que *ne principum quidem virorum insectatione abstinuit...*^[15] Que traducido al lenguaje vulgar quiere decir que don Mariano es amado

y respetado por todo un pueblo, y para mí predilecto, y le ruego que crea que sé escoger a los hombres de mi predilección, y queridísimo por el *onorevole* Livigni y por el ministro Mancuso...

Las veinticuatro horas de detención preventiva habían ya transcurrido para Marchica, y estaban a punto de cumplirse para Arena y Pizzuco. A las nueve en punto, al aporrear Marchica la puerta del calabozo reclamando el respeto a sus derechos, que conocía muy bien, el brigada le informó de que una disposición de la fiscalía prorrogaba la detención a cuarenta y ocho horas; de este modo, tranquilizado en lo relativo a la forma, Marchica volvió a su estado de quietud y despreocupación en lo relativo a la sustancia, o sea el camastro sobre el que de nuevo se tumbó, incluso demostrando un cierto deleite. El brigada volvió a su despacho reflexionando sobre el hecho de que Marchica hubiese llamado a las nueve en punto, cuando no tenía reloj, ya que el suyo de pulsera, junto a la cartera, la corbata y los cordones de los zapatos, yacía en un cajón del despacho.

A las diez, el brigada despertó a Marchica para restituirle sus efectos personales. Marchica creyó que era porque le soltaban: el grumo de sueño, de preocupación y de barba que era su cara se disolvió en una sonrisa de triunfo. Pero en el portal del cuartel había un automóvil y el brigada le empujó dentro, donde ya había un carabinero, y otro entró tras él, por lo que Marchica se encontró apretado entre dos carabineros en el asiento posterior de un seiscientos. Esto le hizo apelar al código de circulación, lo que dejó tan sorprendido al brigada, sentado ya al lado del conductor, como para responderle, con evasiva amabilidad:

—Los tres sois delgados.

En C., en los calabozos de la comandancia de la Compañía, estaban Pizzuco y Arena. El capitán había pensado que tras tenerlos durante un día entero en el baño maría de los calabozos, el interrogatorio al que debía someterlos tendría mejor resultado: una

noche y un día de incomodidad, de incertidumbre, habrían de tener su peso sobre aquellos tres hombres.

Comenzó con Marchica.

El mando de la Compañía tenía su sede en un antiguo convento: una planta rectangular, y a cada lado dos hileras de habitaciones separadas por un pasillo, una hilera con ventanas que daban al patio y otra hilera con ventanas que daban a la calle. A esta construcción, bastante armoniosa, las preocupaciones de gobierno del siciliano Francesco Crispi y de su más fatigoso ministerio habían añadido otra, sin gracia, informe, que pretendía repetir en proporciones más reducidas el diseño de la anterior; pero había salido como la copia que un niño puede hacer del diseño de un ingeniero: en lugar del amplio patio interior había un estrecho patio de luces, y ambas construcciones se comunicaban mediante un trepar de escaleras y un abrirse de corredores por los que uno no podía orientarse sino después de larga práctica. Pero tenía la ventaja de que poseía habitaciones más amplias que las de la vieja construcción; las del primer piso estaban destinadas a despachos, las del segundo al alojamiento del comandante.

El despacho del capitán tenía una gran ventana que daba al patio de luces; enfrente, con una ventana igual, el despacho del teniente; y entre las dos ventanas había una distancia que, asomándose, dos personas hubiesen podido pasarse papeles de un despacho a otro.

Por el modo en que estaba dispuesto el escritorio del capitán, Marchica se sentó frente a la ventana, quedando a su derecha la puerta del despacho.

—¿Usted nació en B.? —preguntó el capitán.

—Sí señor —dijo Marchica en tono de aguante.

—¿Y siempre ha estado en B.?

—No siempre: me fui al servicio militar, estuve algunos años en la cárcel...

—Me imagino que conoce a mucha gente de B.

—Es mi pueblo, pero a veces, ya sabe, uno está fuera un par de años, y los niños son ya jóvenes y los viejos más viejos... Y no hablemos de las mujeres: las dejas cuando están jugando a las prendas en la calle, vuelves después de un par de años y te las encuentras con los críos agarrados de la falda, y hasta con el cuerpo deformado...

—Pero los que son de nuestra edad, los que siempre han sido del barrio y que de niños han jugado con nosotros, a éstos se les reconoce rápidamente, ¿no?

—Claro —dijo Marchica, quien comenzaba a preocuparse más por las formas amables de la conversación que mantenía el capitán que por el sentido de las preguntas.

El capitán calló durante un momento, como repentinamente absorto en sus pensamientos. Marchica observaba el despacho de enfrente por la ventana, vacío e iluminado. El capitán había querido tener encendida en su despacho sólo una lámpara, la de su mesa, orientada de modo que su luz iluminara la mesita de al lado, donde el sargento escribía, por lo que la visión del otro despacho quedaba clarísima para Marchica.

—Y usted, sin duda, ha conocido a un cierto Paolo Nicolosi...

—No —dijo precipitadamente Marchica.

—Imposible —repuso el capitán—, quizás en este momento no consigue recordarlo, además porque Nicolosi se fue de B. hace años, pero trataré de refrescarle la memoria... Nicolosi vivía en la Via Giusti, que hace esquina con la Via Monti, donde usted, si no me equivoco, siempre ha vivido... El padre era un pequeño propietario, pero trabajaba de podador, y ese oficio es el que tiene el hijo, que ahora reside en S., donde se casó...

—Ahora que usted me dice esto, me parece recordarlo...

—Eso me alegra... Además no es tan difícil recordar ciertas cosas, ciertas personas, especialmente si están ligadas a una época feliz de nuestra vida, como es la infancia...

—Jugábamos juntos, me acuerdo; pero él era más pequeño que yo, y cuando fui por primera vez a la cárcel, tan injustamente como

es verdadero el Dios del Sacramento, él era todavía un muchacho, y ya no le he vuelto a ver.

—¿Y cómo es? De cara, quiero decir, físicamente...

—De mi estatura, de pelo rubio y ojos más bien azules...

—Tiene bigote —dijo el capitán con seguridad.

—Antes lo tenía —dijo Marchica.

—¿Antes de qué?

—Antes de... antes de quitárselo.

—Entonces usted le ha visto cuando tenía bigote y después, cuando se lo había quitado...

—Puede que me confunda... Pensándolo bien, me estoy confundiendo.

—No —le aseguró el capitán—, lo recuerda usted exactamente: tenía bigote antes de casarse, luego se lo quitó, quizá no le gustaba a su mujer... Así que se lo habrá encontrado en B.; no sé si en estos últimos tiempos, desde que usted está fuera por la amnistía, Nicolosi habrá venido a B., es probable... ¿O acaso se lo ha encontrado en S.?

—Hace años que no voy a S.

—¡Qué extraño! —dijo el capitán, como asaltado por una súbita preocupación—. Extraño de veras, porque fue precisamente Nicolosi el que dijo que le había encontrado a usted en S.; y no entiendo qué razón haya para mentir sobre este punto...

Marchica ya no entendía nada, el capitán le miraba tratando de adivinar la penosa fatiga de su mente, que iba adelante y atrás, como un perro bajo la canícula; un abanico de posibilidades, de incertidumbres, de presentimientos se abría ante cada lugar en el que, con sensibilidad animal, se detenía.

Se abrió de golpe la puerta del despacho, y Marchica, de forma instintiva, se volvió a mirar: en el umbral, el brigada de S. saludó y dijo: «Se ha decidido»; a su espalda, desaliñado, con el pelo revuelto y la barba larga, estaba Pizzuco. A un gesto del capitán, el brigada se retiró, cerrando rápidamente la puerta. Marchica sintió que se ahogaba del espanto: Pizzuco, sin duda a fuerza de

latigazos, estaba a punto de cantar (lejos de ello, Pizzuco acababa de ser despertado: tenía la mente lacerada por sueños intranquilos y no el cuerpo por latigazos). Vio entrar, en la cruda luz del despacho de enfrente, a Pizzuco, al brigada y a un teniente; y de inmediato, apenas sentados, el teniente hizo una breve pregunta, y Pizzuco empezó a hablar y hablar, y el brigada a escribir y escribir. El teniente había preguntado qué vida llevaba Pizzuco, y con qué medios: y Pizzuco, mediante la pluma veloz del brigada Ferlisi, estaba vertiendo la edificante historia de su vida honrada, inmaculada, de intenso trabajo. Pero en su interior, lo que oía Marchica de la voz de Pizzuco era una historia de veintisiete años de reclusión, como poco: veintisiete largos años de Ucciardone que ni Dios conseguiría descargar de las espaldas de Diego Marchica.

—¿Qué razón hay para mentir sobre eso? No lo digo por usted, lo digo por Nicolosi: ¿qué razón tiene para afirmar una cosa por lo demás tan irrelevante, tan tonta?

—No puedo decirlo —dijo resueltamente Marchica.

—¿Y por qué?

—Porque..., porque no puedo decirlo.

—Quizá porque usted, justamente, fundadamente, por lo que ya sabe, cree que Nicolosi ya está muerto...

—Muerto o vivo, para mí es la misma cosa.

—Pues no: tiene usted razón... Porque Nicolosi está muerto.

Visiblemente, esto fue un alivio para Marchica; era señal de que para él, sin esa confirmación del capitán, existía un margen de duda sobre la muerte de Nicolosi, y que por tanto él no lo había eliminado. (En el otro despacho, Pizzuco cantaba: «Cornudo, miserable, hijo de cerda, te dan cuatro fustazos y te hacen vomitar todo; pero lo pagarás, a mis manos o a las de otros, lo pagarás...».)

—Sí —dijo el capitán—. Nicolosi está muerto, pero ya sabe usted que a veces los muertos hablan...

—Con el velador de tres patas —dijo con desprecio Diego.

—No, hablan sencillamente por el hecho de que antes de morir dejan algo escrito... Y Nicolosi, después de encontrarse con usted

tuvo la buena idea de escribir su nombre y su apodo en un trozo de papel: Diego Marchica, alias Zicchinetta, añadiendo el lugar y la hora del encuentro y la consideración, por lo demás obvia, de que la muerte de Colasberna estaba relacionada con la presencia de Zicchinetta en S., a aquella hora y en aquel lugar... Una cartita, en resumen, lo que, considerado el hecho de que Nicolosi ha muerto, para los jueces será más importante que el testimonio que Nicolosi hubiera podido ofrecer estando vivo... El suyo ha sido un gran error. Esa cartita se la dejó Nicolosi a su mujer, y solamente en el caso de que a él le pasase algo debería ella enviárnosla a nosotros. De haberlo dejado vivo estoy seguro de que nunca se hubiera atrevido a dar testimonio, y mucho menos a denunciar lo que había visto. Matarlo fue un terrible error...

En el despacho de enfrente, Pizzuco había terminado de hablar: el brigada había reordenado los papeles y se había acercado a él para hacerle firmar, hoja por hoja, la infamia. Luego el brigada salió y un momento después entró en el despacho del capitán a traerle los papeles. Marchica sudaba muerte.

—No sé —dijo el capitán— qué piensa usted de Rosario Pizzuco...

—Es una esponja de infamia —dijo Diego.

—Nunca lo hubiera creído, pero estamos de acuerdo. Porque, me parece que infame, para ustedes los sicilianos, es aquel que comete la infamia de revelar hechos que, aun mereciendo el justo castigo de la ley, nunca deberían revelarse... Estamos de acuerdo: Pizzuco ha cometido infamia... ¿Quiere oírlo?... Lee —le dijo entregándole al sargento los folios que había traído el brigada. Encendió un cigarrillo y se quedó mirando, inmóvil, con los ojos entornados, a Diego Marchica, que chorreaba sudor y, silenciosamente, sollozaba de rabia.

La falsa declaración, que había sido minuciosamente preparada, decía que espontáneamente («los latigazos», pensó Diego, «los latigazos») Rosario Pizzuco confesaba haberse encontrado tiempo atrás con Diego Marchica y haberle hecho confidencia de ciertas

ofensas recibidas de Colasberna, y que Marchica se ofreció como instrumento de venganza, pero que siendo él, Rosario Pizzuco, hombre de sólidos principios morales, poco inclinado a la violencia y absolutamente ajeno a sentimientos vindicativos, el ofrecimiento fue rechazado. Marchica insistió, reprochándole incluso a Pizzuco la actitud de indecorosa resignación que asumía respecto a Colasberna, y añadió que, teniendo contra éste motivos personales de resentimiento, por trabajo o dinero que le había negado, Pizzuco no se acordaba bien, cualquier día dejaría *astutato* a Colasberna, lo que quería decir que acabaría con su vida como quien apaga una vela. Y que sin duda había llevado a cabo su propósito, cuando días después del homicidio de Colasberna, al ir Pizzuco a B. por un asunto de terrenos y encontrándose casualmente con Marchica, había recibido de éste, sin que por otra parte le hubiese solicitado tal confidencia, la tremenda revelación de un doble homicidio, con estas precisas palabras: «*partivu pi astutàrinni unu e mi tuccà astutàrinni du*»,^[16] que inequívocamente, en el lenguaje de la delincuencia de Marchica, declaran la ejecución de dos homicidios: uno en la persona de Colasberna; otro, según sospecha de Pizzuco, en la persona de Nicolosi, de cuya desaparición se hablaba en esos días. Pizzuco se asustó mucho por la peligrosa revelación y volvió a casa trastornado.

Naturalmente, no habló del asunto con nadie, temiendo, dada la violenta naturaleza de Marchica, por su propia vida. A la pregunta sobre los motivos por los que Marchica le habría hecho depositario de tan peligroso secreto, Pizzuco había respondido que quizá Marchica, ausente de la zona desde hacía tiempo, había creído poder confiar en Pizzuco por tener experiencias iguales a las suyas, aunque sólo en apariencia: al haber ambos militado, en el confuso período del movimiento separatista, en las filas del EVIS, aunque Pizzuco con fines absolutamente ideales y Marchica con fines delictivos. Preguntado también si tras Marchica podían imputarse responsabilidades a terceros, o sea a inductores, Pizzuco había contestado que no lo sabía, pero que en su opinión personal se

inclinaba por excluirlo del modo más absoluto, reconociendo los motivos del crimen sólo en el carácter violento y en la invencible tendencia a delinquir, contra la propiedad y las vidas ajenas, de los que Marchica siempre había dado prueba.

Era una falsificación magistral, de perfecta verosimilitud para hombres como Pizzuco, y en particular para el propio Pizzuco, y había nacido de la colaboración de tres brigadas. Y el toque más sabio lo aportaba la última afirmación atribuida a Pizzuco: la absoluta exclusión de la posibilidad de que existieran inductores. El nombre de Mariano Arena, en aquella falsa declaración verbal, hubiera supuesto un paso irremediamente falso: la nota desafinada, el detalle inverosímil; y el juego se habría desbaratado ante la desconfiada valoración de Marchica. Pero la precisa técnica de cargar hacia abajo, es decir, sobre Marchica, todas las culpas, negando resueltamente las propias y rechazando la sospecha de que hubiera terceros implicados, produjo en Marchica la angustiosa certeza de la autenticidad, e incluso ni siquiera por un instante dudó de ella, al adaptarse la voz del sargento que leía el documento, como una banda sonora, a la muda visión de quien había sido espectador a través de la ventana.

Trastornado, cegado por una cólera que, de haber tenido entre sus manos a Pizzuco, se habría manifestado apagando su infame vida, después de un largo silencio dijo que, puestas así las cosas, a él sólo le quedaba por hacer lo que hizo Sansón: «*mori Sansuni*», dijo, «*cu tuttu lu cumpagnuni*»;^[17] restableciendo en su verdad, la suya, se entiende, los hechos que aquel perro asqueroso había contado a su manera.

Sí que había habido un encuentro con Pizzuco, un primer encuentro después de muchos años: en B., a primeros de diciembre del año anterior. Pizzuco le había propuesto deshacerse de Colasberna, que, dijo, le había hecho una terrible ofensa. Como compensación, trescientas mil liras. Marchica, que había salido de la cárcel hacía pocos meses, y quería disfrutar de un poco de serena libertad, le dijo que no estaba dispuesto. Pero como andaba

necesitado y Pizzuco, insistiendo, le tentara con la posibilidad de un adelanto inmediato y le prometiera para después, una vez cumplido el encargo, el resto de la suma pactada y un empleo de guarda, Marchica cedió: sólo por el hecho, bien estaba repetirlo, de que se encontraba en condiciones de necesidad. La necesidad es terrible. Así que quedó establecida con Pizzuco la manera de realizar el crimen, comprometiéndose Pizzuco a cooperar facilitándole el arma en una casa de labranza de su propiedad, a la que Marchica debía acudir la noche precedente a la ejecución del delito. Desde la casa de labranza, no lejos del pueblo, Marchica, siguiendo un itinerario preestablecido, debía apostarse a la entrada de Via Cavour, a la hora de salida del primer autobús para Palermo, dado que, cada sábado, Colasberna solía desplazarse a Palermo en ese autobús. Una vez ejecutada la acción, Marchica debía huir velozmente por Via Cavour y regresar a la casa de labranza de Pizzuco, a la que éste debería acudir después para recogerle y llevarle en coche a B.

Días antes del delito, Marchica se desplazó a S. para reconocer los lugares en los que debería actuar y para estar en condiciones de identificar a Colasberna sin posibilidad de equívoco. En esa ocasión, Pizzuco fijó la fecha del homicidio.

El 16 de enero, a las seis y treinta, Marchica mató a Salvatore Colasberna, siguiendo en todos sus detalles el plan preparado por Pizzuco. Pero hubo un tropiezo, al encontrarse Marchica, a mitad de Via Cavour, mientras huía, con su conciudadano Paolo Nicolosi, quien claramente le reconoció, e incluso le llamó por su nombre. Se quedó intranquilo por ello y esta intranquilidad se la comunicó a Pizzuco cuando, inmediatamente después, vino a su encuentro en la casa de labranza. Pizzuco se agitó y blasfemó; luego, más calmado, dijo: «No te preocupes, ya nos ocupamos nosotros». A bordo de una camioneta de su propiedad, Pizzuco le acompañó hasta el caserío Granci, a poco menos de un kilómetro de B., pero antes le entregó otras ciento cincuenta mil liras que, con las del anticipo, sumaban las trescientas mil pactadas.

Cuando, algunos días después, Pizzuco fue a B., Marchica supo que no tenía que preocuparse lo más mínimo respecto a Nicolosi, ya que éste, según expresión textual del propio Pizzuco, sólo servía ya para que los niños encontrasen los muñecos de azúcar, refiriéndose así a la costumbre local de una especie de Befana^[18] para niños, pero con ocasión del día de los difuntos, con regalos, precisamente, de muñecos de azúcar. Por tal expresión de Pizzuco tuvo Marchica la certeza de que Paolo Nicolosi había sido eliminado.

A la pregunta de si Pizzuco actuaba en nombre de otros al darle el encargo de matar a Colasberna, Marchica dice que no lo sabe, pero que, en su opinión, lo excluye. A la pregunta de si la frase «no te preocupes, ya nos ocupamos nosotros», dicha por Pizzuco, no implicaba la participación y el concurso de otros, desconocidos por Marchica pero cómplices de Pizzuco, Marchica dice que lo excluye, e incluso afirma no poder precisar en conciencia si Pizzuco había dicho «ya nos ocupamos nosotros» o bien «ya me ocupo yo». A la pregunta de si tiene conocimiento o sospecha del modo y del lugar en el que Nicolosi fue eliminado, dice que no lo sabe.

Mientras hablaba, Diego iba recuperando la serenidad. Asintió satisfecho a la lectura que el capitán le hizo de la confesión y con satisfacción la firmó. Habiendo arreglado el asunto en perjuicio del carroña de Pizzuco y en el suyo, y observando la buena crianza de no involucrar a otros, que no eran carroña, se sentía en paz con su conciencia y resignado a su destino. Quizá pasaría en la cárcel el resto de su vida, pero, aparte del hecho de que ya estaba acostumbrado, pues la cárcel era para él un poco como la casa a la que se regresa a gusto tras la fatiga de un viaje, ¿acaso no era la vida una cárcel? Una continua tribulación, eso era la vida: el dinero que te falta, las cartas de la *zecchinetta* que te llaman, los ojos del brigada que te siguen, los buenos consejos de la gente; y el trabajo, la condenación de una jornada de trabajo, el trabajo que te vuelve peor que un burro de carga. Basta, mejor que me duerma por ahora. Y, ciertamente, el sueño volvía a cuajar, oscuro e informe, cada uno de sus pensamientos.

El capitán lo mandó a dormir a la cárcel de San Francesco, en régimen de aislamiento, aplazando así, hasta que se completara la instrucción, los festejos que Diego hubiera recibido de los demás detenidos.

Ahora le tocaba a Pizzuco. La noche estaba ya avanzada.

Visto en cualquier otra circunstancia, Pizzuco habría suscitado lástima: entumecido por el frío y por la artritis, goteando por la nariz y por los ojos a causa de un repentino y aparatoso resfriado, desorientado por lo que le estaba pasando, viraba los ojos lacrimosos con una mirada de sordo y abría y cerraba la boca como si no encontrase voz con la que hablar.

El capitán hizo que el sargento le leyera la confesión de Marchica. Por el Santísimo Sacramento, delante de Jesús Crucificado, por el alma de su madre, de su mujer, de su hijo Giuseppe, Pizzuco juró que la de Marchica era una negra infamia; y sobre Marchica invocó, hasta la séptima generación, la justa venganza del cielo: desde donde, además de sus muertos ya mentados, rezaba por él también un tío canónigo muerto en sospecha (como era el caso decir) de santidad. A pesar del resfriado y de la angustia, era un orador extraordinario: su discurso estaba repleto de imágenes, de símbolos, de hipérboles; lo hacía en un siciliano italianizado, a veces eficaz, a veces más incomprensible que el dialecto genuino. El capitán le dejó desahogarse un poco.

—De modo que —le preguntó finalmente con frialdad— usted ni siquiera conoce a ese Marchica... —pues eso parecía haber querido afirmar en su largo discurso.

—Conocerlo, señor capitán, sí que lo conozco; y si me hubieran matado antes de conocerlo quizás hubiera sido mejor... Lo conozco, y sé lo que vale... Pero que entre él y yo haya habido nunca relaciones tan estrechas, y encima para quitarle, Dios nos guarde, la vida a un cristiano... Nunca, señor capitán, nunca; para Rosario Pizzuco la vida de un cristiano, de cada cristiano, está como en el altar mayor de una iglesia: es sagrada, señor capitán, es sagrada.

—Entonces usted conoce a Marchica.

—Lo conozco. ¿Acaso puedo decir que no? Lo conozco, pero es como si no lo conociera; sé de qué pasta está hecho, y siempre me he mantenido lejos de él.

—¿Y cómo explica esta confesión suya?

—¿Y quién la puede explicar? Es posible que haya perdido el juicio, puede que se haya propuesto hundirme... ¿Quién puede leer en la cabeza de un hombre como él?... Su cabeza es como una de esas granadas amargas: cada pensamiento suyo es un grano de malicia, como para dar dentada de espanto a alguien como yo... Capaz de matar a alguien así, porque no ha contestado a su saludo o porque no le gusta cómo se ríe... Delincuente nato...

—Conoce usted muy bien su carácter.

—¿Y cómo no? Si siempre me he estado tropezando con él...

—¿Y últimamente ha tropezado con él alguna vez? Trate de recordar.

—Veamos... Me lo encontré cuando acababa de salir de la cárcel: primera vez... Luego me lo encontré en B., en su pueblo: segunda vez... Después vino él a S.: y es la tercera... Tres veces, señor capitán, tres veces.

—¿Y de qué hablaron?

—De nada, señor capitán, de nada, de cosas que son tan inútiles que se te olvidan enseguida, como si uno escribiera en un charco de agua... Felicitarle por la libertad recuperada, aunque uno piense que vaya forma de malgastar amnistías; desearle que pueda disfrutar de la libertad, aunque uno piense que dentro de poco estará otra vez en prisión; y que cómo va el año, que qué tiempo ha hecho, que qué tal los amigos... Cosas inútiles...

—Según usted, en lo que a usted respecta, no hay nada de cierto en lo que afirma Marchica... Pero, dejando aparte de momento a Marchica, a nosotros nos consta con absoluta certeza que usted, hace unos tres meses, si quiere puedo decirle la fecha exacta, mantuvo una conversación con Salvatore Colasberna, y que le propuso cosas, que Colasberna rechazó, respecto a...

—Consejos, señor capitán, consejos, desinteresados, de pura amistad...

—Si usted está en condiciones de dar consejos, eso quiere decir que está bien informado.

—¿Bien informado?... Cosas oídas aquí y allá. Por el trabajo que hago estoy siempre de un lado para otro; hoy oigo una cosa, mañana otra...

—¿Y qué es lo que supo, para sentir la necesidad de dar consejos a Colasberna?

—Supe que sus cosas iban mal, y le aconsejé que se buscara protección, ayuda...

—¿De quién?

—Yo qué sé... De amigos, de bancos; que intentara meterse en política por el conducto adecuado...

—Y, según usted, ¿cuál es el conducto adecuado en política?

—Yo diría que el del gobierno; el que manda hace la ley, y el que quiere servirse de la ley debe estar con el que manda.

—Resumiendo, usted no tenía consejos concretos que dar a Colasberna.

—No, señor capitán.

—Le daba consejos así, digamos genéricos; y sólo por amistad.

—Exactísimamente.

—Pero no era muy amigo de Colasberna...

—Nos conocíamos.

—Y usted, con alguien que apenas conoce, ¿se toma la molestia de darle consejos?

—Yo soy así: si veo que alguien resbala, allí estoy para echarle una mano.

—¿Le ha echado alguna vez una mano a Paolo Nicolosi?

—¿Qué tiene que ver?

—Porque, después de haber echado una mano a Colasberna, estaba en el orden de las cosas echarle una mano a Nicolosi.

Sonó el teléfono de la mesa. El capitán escuchó la llamada, mientras escrutaba a Pizzuco, que ahora se mostraba más tranquilo,

más seguro, y al que ya ni siquiera le goteaba la nariz por el resfriado, como cuando había llegado.

Tras colgar el teléfono, dijo:

—Ahora podemos volver a empezar.

—¿Volver a empezar? —preguntó Pizzuco.

—Sí, porque esta llamada desde S. me informa de que han encontrado el arma con la que se mató a Colasberna. ¿Quiere saber dónde la han encontrado?... No, no piense mal de su cuñado: él iba a cumplir la orden que usted le había dado, cuando llegaron los carabineros a detenerlo; esta tarde ha ido al campo, a última hora; ha cogido la escopeta de cañones recortados, y justo estaba saliendo para deshacerse de ella cuando llegaron los carabineros... Una desgraciada coincidencia... Su cuñado, usted lo conoce bien, se ha visto perdido: ha dicho que el encargo lo había recibido de usted y que tenía que haber escondido el arma en el *chiarchiaro* de Gràmoli, según las instrucciones recibidas de usted... —Y, volviéndose al sargento, preguntó—: ¿Qué es un *chiarchiaro*?

—Es una zona pedregosa —dijo el sargento—. Un conjunto de grutas, de hoyos, de quebradas...

—Lo había intuido —dijo el capitán—, y se me ocurre una idea que quizá sea buena, quizá no, pero intentarlo no hace daño... ¿Y si en el *chiarchiaro* estuviese también el cuerpo de Nicolosi?... ¿Qué dice usted de esta idea mía? —y se volvió hacia Pizzuco con una fría sonrisa.

—Puede ser buena —dijo, impasible, Pizzuco.

—Si usted lo aprueba, me quedo tranquilo —dijo el capitán; y llamó por teléfono al puesto de S. para ordenar que rastrearan el *chiarchiaro* de Gràmoli.

Durante el tiempo que duró la llamada, Pizzuco trazó con presteza el plan que le convenía adoptar. Cuando el capitán le dijo: «Ahora puede usted seguir la línea de Marchica, confesando haberle dado la orden de matar a Colasberna, y confesando haber matado a Nicolosi; o exculpar a Marchica, confesando haber matado tanto a Colasberna como a Nicolosi», Pizzuco había ya elegido una

tercera línea, que curiosamente venía a coincidir con la falsa declaración que había provocado la confesión de Marchica, apartándose de ella tan sólo en un punto.

Eran buenos, los brigadas que habían preparado la falsa declaración verbal; conocían con precisión científica la psicología de un hombre como Pizzuco; no era de extrañar que Diego Marchica hubiera caído como un capón en la cazuela.

Lo que dijo Pizzuco fue que unos tres meses antes, habiéndose encontrado con Colasberna, por deber de amistad, si bien no eran muy amigos, había querido darle algún consejo relativo a la conducta a seguir en su actividad de contratista de obras; pero que en vez de expresiones de gratitud, como Pizzuco se esperaba, Colasberna le había invitado en términos irrepetibles a no meterse en cosas que no le correspondían; y que debía darle gracias al Señor de que él, Colasberna, no le hiciese, palabras textuales, recoger del suelo todos sus dientes, es decir, tras hacérselos saltar a puñetazos. Ante esta reacción de Colasberna, Pizzuco, hombre de apacibles sentimientos y llevado sólo a veces, por su incorregible bondad, a situaciones desagradables, había sentido una dolorosa ofensa; y hablando de ello, ocasionalmente, con Marchica, éste se ofreció a vengarle, incluso sin compensación alguna por parte de Pizzuco, ya que tenía motivos personales de resentimiento hacia Colasberna.

A Pizzuco le horrorizó la propuesta, y la rechazó resueltamente. Pero algunos días después, Marchica fue a S. y le pidió alojamiento en la casa de labranza propiedad de la mujer de Pizzuco, situada en el caserío de Poggio, cerca del pueblo de S.; sólo por una noche, al tener que atender asuntos importantes en S. y careciendo el pueblo, como es notorio, de hoteles. Marchica le rogó que le prestara una escopeta, pues tenía intención, en las primeras horas del día, de dar una batida de caza por la zona, ya que le habían dicho que en ella había gran abundancia de liebres. Al darle la llave de la casa de labranza, Pizzuco le dijo que encontraría en ella una escopeta vieja, viejísima, no muy adecuada para la caza, pero que podría servir. No

tuvo sospechas de la trama criminal de Marchica, al ser de natural confiado y estar siempre dispuesto a hacer favores a quien fuera. Ni siquiera sospechó cuando supo de la muerte de Colasberna; solamente cuando los carabineros fueron a su casa para detenerlo tuvo claro el terrible embrollo en el que Marchica, abusando de su buena fe, le había metido; por eso dio instrucciones a su cuñado para que hiciera desaparecer la escopeta de la que, ahora estaba claro, Marchica se había ilícitamente servido. Ésta le había parecido la mejor decisión que podía tomar, no pudiendo, dada la naturaleza vengativa de Marchica, revelar espontáneamente, a las autoridades de la seguridad pública, los hechos de los que era víctima.

—Oh, excelencia... —dijo su excelencia, saltando de la cama con un brinco, para su edad y para su decoro, imprevisible.

Aún en sueños, el timbre del teléfono había alcanzado su mente en molestas oleadas; había agarrado el aparato con la sensación de que la mano, en el gesto, estaba inconmensurablemente alejada de su cuerpo; y mientras llegaban a su oído lejanas vibraciones y voces había encendido la luz, despertando de este modo irremediablemente a la señora, que, seguramente, esa noche ya no recobraría el sueño que siempre se posaba avaramente sobre su cuerpo inquieto.

De pronto las lejanas vibraciones y voces se disolvieron en una voz también lejana, pero irritada e inflexible; y su excelencia se encontró fuera de la cama en pijama, descalzo, inclinándose y sonriendo como si inclinaciones y sonrisas hubieran podido colarse por el micrófono.

La señora le miró disgustada, y antes de volverle la espalda, espléndida espalda desnuda, dijo murmurando: «No te ve, puedes ahorrarte mover la cola», y en verdad que a su excelencia en aquel momento sólo le faltaba mover la cola para expresar su devoción.

Dijo de nuevo: «Oh, excelencia...», y luego: «Pero, excelencia... No, excelencia... Sí, excelencia... Está bien, excelencia», y después

de haber dicho excelencia un centenar de veces, cuando la voz irritada se extinguió en su oído, se quedó con el teléfono en la mano murmurando consideraciones sobre la madre de la excelencia que desde Roma, a las dos de la mañana, venía a complicarle una existencia (y miró a la señora, que todavía le daba la espalda) ya bastante complicada. Colgó el teléfono, lo volvió a descolgar, marcó un número. La señora se revolvió como una gata: «Mañana», le dijo, «dormiré en la habitación de invitados».

—Lo siento, amigo mío, pero me acaban de despertar —dijo con voz irritada e inflexible, como la que pocos minutos antes resonaba en su oído—, así que hagamos la cadena de San Antonio: despierto yo, despierto usted; y usted me hará el santo favor de despertar a quien deba despertar... He recibido ahora una llamada de Roma, no le digo de quién, ya me entiende... Ese Bellodi, yo ya lo había previsto, ¿se acuerda?, ha provocado un escándalo de proporciones nacionales... Nacionales, le digo... Uno de esos escándalos que, cuando a alguien como yo o como usted les pillan involuntariamente en medio, se convierten en problemas negros, amigo mío, negrísimos... ¿Sabe lo que venía esta noche en un periódico romano?... No lo sabe, dichoso usted, pues a mí me ha tocado oírlo por boca del interesado, que, se lo aseguro, estaba tan cabreado que daba miedo... Venía la fotografía, ampliada a media página, de... ya sabe usted quién, al lado de don Mariano Arena... Algo increíble... ¿Un fotomontaje? Pero qué fotomontaje ni qué... una fotografía auténtica... Pero, bueno... ¿que no le importa nada?... La verdad es que es usted original... Yo también sé muy bien que no tenemos la culpa de que su excelencia haya cometido la ingenuidad, digámoslo así, de dejarse fotografiar junto a don Mariano... Sí, le escucho.

La señora surgió de la cama desnuda y bellísima; tenía la costumbre, como una actriz famosa, de dormir vestida sólo con Chanel número cinco, lo que contribuía a despertar los sentidos de su excelencia y a la vez a amodorrar aquel burocrático talento suyo que, en los días de la República de Salò, había dado lo mejor de sí

mismo. Envuelta en una colcha de plumas y en un nimbo de desdén, la señora salió, seguida por la mirada ansiosa de su excelencia.

—Muy bien —prosiguió su excelencia después de haber escuchado durante un par de minutos—, haremos lo siguiente: o esta misma noche me claváis a este don Mariano Arena con pruebas que ni el Padre Eterno pueda desmontar; o esta misma noche lo soltáis, y a los periodistas les diremos que se le retuvo para unas comprobaciones... ¿Que el ministerio fiscal sigue las investigaciones y está de acuerdo con Bellodi? ¡Ay, ay, menudo embrollo, qué problema!... En fin, haga algo... Sí, me doy cuenta... Pero ¿sabe lo que me ha dicho hace un momento?... ya sabe usted quién... ¿sabe lo que me ha dicho? Que don Mariano Arena es un hombre de bien y que alguien, entre usted y yo, les está haciendo el juego a los comunistas... Pero ¿cómo es que ha venido a caer aquí ese Bellodi? ¿Cómo diablos mandan a alguien como él a una zona como ésta? Aquí se necesita discreción, amigo mío; olfato, tranquilidad de mente, calma, eso es lo que se necesita... Y nos mandan a uno que tiene el fuego de Farfarello...^[19] Pero si no lo pongo en duda, por favor... Yo, al Arma, la respeto, la venero... En fin, haga lo que quiera —y colgó el teléfono como quien da un martillazo.

Ahora tenía que apaciguar a la señora, problema de tan ardua solución que superaba a los propios, ya terriblemente difíciles, de su oficio.

La luz del alba empapaba los campos, parecía surgir del verde tenue de los sembrados, de las rocas y de los árboles húmedos, e imperceptiblemente elevarse hacia el cielo ciego. El *chiarchiaro* de Gràmoli, incongruente y absurdo en la llanura que verdeaba, parecía una enorme esponja, ennegrecida de hendiduras, que iba empapándose de la luz que crecía sobre la campiña. El capitán Bellodi, que había llegado a ese límite en el que el cansancio y el

sueño se tornan lúcida fiebre, como si ambos se consumieran para dar lugar a un ardiente espejo de imágenes (lo mismo que pasa con el hambre, que en un momento determinado, dada una cierta intensidad, se vuelve sutil como un lúcido ayuno que repele la visión del alimento), el capitán pensaba: «aquí Dios arrojó la esponja», poniendo, por analogía con la visión del *chiarchiaro*, la lucha y la derrota de Dios en el corazón humano.

Un poco por bromear, y porque conocía la curiosidad del capitán por ciertas expresiones populares, el sargento dijo:

*«E lu cuccu ci dissi a li cuccuotti:
a lu chiarchiaru nni vidiemmu tutti».*

Y el capitán, intrigado de inmediato, le preguntó qué significaba.

El sargento le tradujo: «Y el cuco dijo a los cuquillos: en el *chiarchiaro* nos encontraremos todos», y añadió que quizá quería decir que nos encontraremos todos en la muerte, por la imagen del *chiarchiaro*, quién sabe por qué razón, convertida en idea de la muerte. El capitán comprendía muy bien por qué: y febrilmente tuvo la visión de una densa reunión de aves nocturnas en el *chiarchiaro*, un ciego batir de vuelos en la opaca luz de la hora; le parecía que el sentido de la muerte no podía darse con una imagen más pavorosa que ésta.

Habían dejado los automóviles en la carretera, y ahora se aproximaban al *chiarchiaro* por un sendero estrecho y fangoso. Se podía ver a los carabineros moverse en el *chiarchiaro*, y había quizá también algún campesino que les ayudaba.

En un punto determinado el sendero terminaba en una alquería y era preciso atravesar los campos sembrados para acceder hasta donde estaba el brigada de S. Ahora se le distinguía bien, gesticulando al dirigir la búsqueda.

Cuando estuvieron a tiro de voz, el brigada gritó: «Señor capitán, está aquí; será un poco difícil sacarlo, pero está aquí», con un regocijo excesivo tratándose del hallazgo de un cadáver. Pero así es

el oficio, y el descubrimiento de un asesinado era, en aquel caso, señal de satisfacción y triunfo.

Estaba. En el fondo de una grieta de nueve metros, ya medida por una cuerda a la que, para que bajase a plomo, habían atado una piedra. La luz de las linternas, entorpecida por las malezas que sobresalían de las paredes de la grieta, apenas alumbraba el fondo. Pero llegaba hasta arriba, inequívoco, el hedor de la descomposición. Uno de los campesinos se había ofrecido, con gran alivio de los carabineros que temían que les fuera a tocar a uno de ellos, a bajar, atado con una cuerda, y sujetar el cadáver a varios cabos de cuerda, de manera que pudieran subirlo con relativa facilidad. Se necesitaban varias cuerdas, y tendrían que esperar a traerlas del pueblo, adonde un carabinero había ido a buscarlas.

El capitán volvió, a través de los sembrados, a la alquería desde donde comenzaba el sendero. Parecía abandonada. Pero al rodearla, por el lado opuesto al que daba al *chiarchiaro*, de repente un perro se abalanzó hasta lo que le permitía la cuerda que le tenía atado a un árbol; quedó como suspendido del collar que le ahogaba, ladrando rabiosamente. Era un hermoso bastardo, de pelo marrón y pequeñas medialunas de color violeta sobre el fondo amarillo de sus ojos. Un viejo salió de la cuadra para tranquilizarlo:

—Quieto, *Barruggieddu*, quieto, bueno, sé bueno —y le dijo luego al capitán—: Le beso las manos.

El capitán se acercó al perro para acariciarlo.

—No —dijo el viejo alarmado—, es malo. Con alguien que no conoce, primero a lo mejor se deja tocar, para que se sienta seguro, y luego le muerde... Es malo como un demonio.

—¿Y cómo se llama? —preguntó el capitán, intrigado por el extraño nombre que el viejo había utilizado para tranquilizarlo.

—Se llama *Barruggieddu* —dijo el viejo.

—¿Y qué quiere decir? —preguntó el capitán.

—Quiere decir uno que es malo —explicó el viejo.

—Nunca lo había oído —dijo el sargento. Y le pidió, en dialecto, más explicaciones al viejo.

El viejo dijo que quizá el nombre adecuado era *Barricieddu*, o a lo mejor *Bargieddu*, pero que en cualquier caso significaba maldad, la maldad de uno que manda, puesto que antiguamente los *Barruggieddi* o *Bargieddi* mandaban en los pueblos y hacían ahorcar a la gente, por el placer del mal.

—Entiendo —dijo el capitán—, quiere decir «barrachel», como se llamaba antes al jefe de los alguaciles.

Incómodo, el viejo no dijo ni sí ni no.

El capitán hubiera querido preguntar al viejo si había visto a alguien, días antes, dirigiéndose al *chiarchiaro*, o, en todo caso, si había visto algo sospechoso por allí. Pero comprendió que no había nada que rascar de alguien que veía en el jefe de los alguaciles a alguien tan malo como su propio perro. Y no le faltaba razón, durante siglos los «barracheles» habían mordido a los hombres como él, quizá les hacían sentirse seguros y luego les mordían. ¿Qué otra cosa habían sido los «barracheles» sino instrumentos de la usurpación y de la arbitrariedad?

Saludó al viejo y se dirigió a la carretera por el sendero. Estirando la cuerda que lo ataba, el perro ladró una última amenaza. «Barrachel», pensó el capitán, «barrachel como yo; también como yo con mi corto alcance de cuerda, con mi collar, con mi furor», y se sentía más cercano al perro de nombre *Barruggieddu* que al antiguo, aunque no tan antiguo, barrachel. Y luego pensó de sí mismo «perro de la ley»; y después pensó «perros del Señor», que eran los dominicos, e «Inquisición», palabra que descendió como a una cripta oscura y vacía, despertando tenebrosamente los ecos de la fantasía y de la historia. Y se preguntó con pena si no habría ya franqueado, fanático perro de la ley, el umbral de aquella cripta. Pensamientos y más pensamientos, que surgían y se disolvían en la llama donde tal sueño se consumía por sí solo.

Regresó a C., y, antes de ir a su alojamiento para un breve reposo, pasó por el despacho del fiscal para informar sobre el curso de las investigaciones y para solicitar una prórroga del arresto

preventivo de Arena, a quien se proponía interrogar esa misma tarde, tras haber reunido y cribado todos los elementos obtenidos.

Los periodistas vivaqueaban por las escaleras y los pasillos del Palacio de Justicia. Se le echaron encima como un enjambre, y en sus ojos doloridamente secos restallaron los flashes de los fotógrafos.

—¿En qué punto están las investigaciones?... ¿Es don Mariano Arena el inductor de los homicidios?... ¿O hay alguien, más poderoso, detrás de don Mariano?... ¿Han confesado Marchica y Pizzuco?... ¿Se prorrogará su arresto o se ha dictado ya orden de detención?... ¿Conoce las relaciones entre don Mariano y el ministro Mancuso?... ¿Es cierto que el *onorevole* Livigni fue ayer a verle a su despacho?

—No es cierto —respondió a esta última pregunta.

—Pero ¿ha habido injerencias políticas a favor de don Mariano?... ¿Es verdad que el ministro Mancuso ha telefoneado desde Roma?...

—Por lo que a mí concierne —dijo en voz alta—, no ha habido ninguna injerencia política ni puede haberla. En cuanto a las relaciones entre uno de los arrestados y ciertos políticos, yo sólo sé lo que ustedes escriben. Pero en el supuesto de que tales relaciones existan, ya que no tengo por qué dudar de su honestidad profesional, no me preocupa, por ahora, tomarlas en consideración o indagar su alcance. En el caso de que tales relaciones, en el curso de las investigaciones, asuman una particular configuración, al punto de reclamar la atención de la ley, ciertamente ni el fiscal ni yo faltaremos a nuestro deber...

En un titular a seis columnas de un periódico de la tarde, esta declaración era presentada así: *La investigación del capitán Bellodi podría implicar también al ministro Mancuso.*

Es sabido que los periódicos de la tarde salen antes del mediodía; y a la hora que en el sur es la de la comida, las líneas telefónicas ardieron como mechas por los gritos de los afectados para ir a estallar en los oídos, por lo demás sensibilísimos, de

personas que estaban tratando de disolver en los vinos de Salaparuta y de Vittoria los nudos de sus angustias.

—El problema es éste: los carabinieri tienen en sus manos tres eslabones de una cadena. El primero es Marchica, y lo van a sujetar con tanta firmeza que será como una de esas anillas fijadas en la pared de las casas de labranza para atar las mulas.

—Diego no es hombre que hable, tiene una buena mata de pelo en el pecho.

—Déjate de pelos en el pecho. Vuestro defecto es que no comprendéis que un hombre capaz de matar a diez personas, o a mil, o a cien mil, puede ser también un cobarde... Diego, no te engañes, ha hablado, y a su eslabón está sujeto el de Pizzuco... Ahora las posibilidades son dos: una, que Pizzuco hable, y entonces ya tiene sujeto al suyo el tercer eslabón, que sería Mariano; o que Pizzuco no hable: se queda sujeto a Diego, pero débilmente, de modo que a un buen abogado no le costará mucho soltarlo, y... y basta, se acaba la cadena, Mariano queda libre.

—Pizzuco no habla.

—No lo sé, amigo, no lo sé; yo siempre hago los cálculos poniéndome en lo peor que pueda pasar. Así que pongámonos en que Pizzuco habla: entonces a Mariano se le ha caído el pelo. Me atrevería a decir que en este momento los carabinieri están intentando sujetar el eslabón de Pizzuco al de Mariano; si aguanta, las posibilidades son dos: o la cadena se acaba en Mariano, o Mariano, viejo como es, y enfermo, comienza a cantar su rosario... Y en ese caso, amigo mío, la cadena se alarga y se alarga, se alarga tanto que me puedo ver atrapado incluso yo, y el ministro, y el Padre Eterno... Un desastre, amigo mío, un desastre...

—¿Quiere usted que se me vuelva el corazón negro como la pez?... Virgen santísima, ¿acaso no conoce qué clase de hombre es don Mariano? Una tumba.

—Era una tumba en su juventud: ahora es un hombre que en la tumba tiene ya un pie... La criatura es débil, dijo Garibaldi en su testamento, pues temía que al final cayera en la debilidad de contarle a un sacerdote sus pecados, que debían ser más espinosos que una chumbera... Y lo mismo digo yo: puede ser que a Mariano le venga la debilidad de contar sus pecados que, dicho sea entre nosotros, no son pocos... Yo tuve en mis manos, en el veintisiete, su expediente, más grueso que este libro —y señaló un volumen de Bentini—, y se podía sacar de él una enciclopedia criminal, no faltaba nada, de la a de abigeato, a la zeta de zurra... Después ese expediente, afortunadamente, desapareció... No, no pongas esos ojos de sardina muerta, yo no intervine en hacerlo desaparecer; otros amigos, más importantes que yo, hicieron con el expediente el juego de las tres cartas; de este despacho a aquél, de aquél a éste, y el fiscal del rey, recuerdo que era un hombre terrible, vio cómo se lo hacían desaparecer delante de sus narices... Me acuerdo que se puso como un perro rabioso, amenazando a diestro y siniestro, y los más sospechosos, pobrecitos, eran los que menos habían tenido que ver. Después ese fiscal fue trasladado y pasó el chaparrón. Porque, amigo mío, ésa es la realidad: que pasan los fiscales del rey, los de la República, los jueces, los funcionarios, los jefes de policía, los cabos primeros...

—Esa sí que es buena, los cabos...

—No te rías, amigo mío, te deseo de todo corazón que tu cara no llegue nunca a encajarse en la mente de un cabo primero... Pasan también los cabos, por lo tanto, y nosotros aquí estamos... Con algún que otro sobresalto, con alguna que otra palpitación, pero aún estamos aquí.

—Pero don Mariano...

—Don Mariano ha tenido su pequeño sobresalto, su pequeña palpitación...

—Pero sigue dentro, quién sabe las penas que está sufriendo.

—No está sufriendo nada, si es que piensas que lo tienen cogido con un cepo o que le dan descargas eléctricas; lo de los cepos eran

otros tiempos, ahora la ley también está para los carabineros...

—Y un cuerno, ley. Hace tres meses...

—Déjalo, estamos hablando de don Mariano... Nadie le pone un dedo encima a don Mariano: un hombre respetado, un hombre protegido, un hombre que puede pagarse la defensa de De Marsico, Porzio y Delitala juntos... Ciertamente sufrirá alguna incomodidad, el calabozo no es el gran hotel, la mesita es dura, el balde te da náuseas, y además echará de menos el café, el pobre hombre, que bebía una taza cada media hora, y fortísimo... Pero dentro de pocos días lo ponen en la calle, iluminado de inocencia como un arcángel san Gabriel; y su vida recobra la normalidad, sus negocios siguen prosperando...

—Hace un momento me ha partido usted por medio, me ha hecho perder la esperanza, y ahora...

—Hace un momento salía cruz, ahora sale cara; yo digo que debe salir cara, que las cosas deben ir bien, pero que también puede salir cruz.

—Hagamos que salga cara, y dejemos la cruz para Jesucristo.

—Entonces toma nota de mi consejo: hay que sacar del muro el primer eslabón, es preciso liberar a Diego.

—Si no ha sido él quien ha cometido la infamia...

—Aunque haya sido él, sácalo. Dejad que corra la investigación, pues en manos como está de esos dos norteños, nadie la podrá parar; dejadla que siga, dejadla que concluya, dejad que todo llegue al juez instructor; mientras tanto preparadle a Diego una coartada de las que, si se intentan morder, se pierden los dientes...

—¿En qué consistiría?

—En que Diego, el día que mataron a Colasberna, a esa hora estaba a mil millas de distancia del lugar del delito, y en compañía de personas dignísimas, nunca censuradas por la ley, hombres de bien de cuya palabra ningún juez tiene el derecho de dudar...

—Pero si ha confesado...

—Si ha confesado, se come lo que ha dicho; bajo torturas físicas o morales, pues las torturas morales también existen, de los

carabineros, ha hecho declaraciones que no se corresponden con la realidad; y la prueba de que las declaraciones hechas a los carabineros no se compadecen con la verdad y son totalmente fantásticas es que Fulano, Mengano y Zutano, personas más que fidedignas, testifiquen la imposibilidad material de que Diego haya cometido el delito. Solamente algún santo ha tenido el don de encontrarse al mismo tiempo en dos lugares distintos y lejanos entre sí, y no creo que un juez pueda reconocer en Diego tal don de santidad... Y además, mira esta pequeña noticia, en este periódico: *«En los homicidios de S. los carabineros han descuidado una pista...»*.

El capitán Bellodi leía lo de la pista que, según el periódico siciliano, un periódico por lo general prudentísimo y ajeno a dirigir censuras, aunque fueran mínimas, hacia las *fuerzas del orden*, había descuidado. La pista pasional, naturalmente, que, si acaso, habría podido conducir a explicar, a alguien que no conociese los datos ya ciertos que se habían obtenido en las investigaciones, uno solo de los crímenes, dejando los otros dos en la oscuridad más completa. Quizás el periodista desplazado a S. había ido a que le afeitara don Ciccio y el relato de la intriga amorosa entre la mujer de Nicolosi y Passerello había estimulado su fantasía. Buscad a la mujer, por consiguiente, decía el periodista, como buen periodista y como buen siciliano; sin embargo, y eso se hubiera debido enseñar a la policía como un precepto, pensaba el capitán, en Sicilia era preciso no buscar nunca a la mujer, porque se acababa siempre por encontrarla, y en perjuicio de la justicia.

El crimen pasional, pensaba el capitán Bellodi, no surge en Sicilia de la verdadera y auténtica pasión, de la pasión del corazón, sino de una especie de pasión intelectual, de una pasión o preocupación por el formalismo, ¿cómo decirlo?, jurídico; en el sentido de esa abstracción en la que las leyes se van haciendo cada vez más sutiles a través de los grados de juicio de nuestro

ordenamiento, hasta alcanzar una transparencia formal en la que *la sustancia*, es decir el peso humano de los hechos, ya no cuenta; y, abolida la imagen del hombre, la ley se mira en el espejo de la ley. El personaje que lleva por nombre Ciampa, en *El gorro de cascabeles* de Pirandello, hablaba como si en su boca estuvieran reunidas todas las secciones del Tribunal de Casación, de tanto como desmenuzaba y reconstituía la forma sin rozar *la sustancia*. Y Bellodi se había topado con un Ciampa ya en los primeros días de su llegada a C., tal cual como el personaje de Pirandello, aterrizado en su despacho no en busca de autor, pues ya lo tenía, y grandísimo, sino en busca esta vez de un sutil redactor de actas; y por eso había querido hablar con un oficial, al parecerle el sargento incapaz de captar su arabesco razonamiento.

Y ello provenía del hecho, pensaba el capitán, de que la familia es la única institución verdaderamente viva en la conciencia del siciliano, pero viva más como dramático nudo contractual, jurídico, que como agregación natural y sentimental. La familia es el Estado del siciliano. El Estado, lo que para nosotros es el Estado, queda fuera: una entidad de hecho realizada por la fuerza; que impone las tasas, el servicio militar, la guerra, el carabiniere. Dentro de esa institución que es la familia, el siciliano traspasa la frontera de su trágica y natural soledad y se adapta, mediante un modo aparentemente contractual de relaciones, a la convivencia. Sería mucho pedirle que traspasase la frontera entre la familia y el Estado. Quizá llegue a inflamarse de la idea de Estado o ascienda a dirigir el gobierno, pero la forma precisa y definitiva de su derecho y de su deber será la familia, que permite un paso más breve hacia la victoriosa soledad.

Estos pensamientos, en los que la literatura ofrecía a su breve experiencia tanto la carta buena como la falsa, iba rumiando el capitán Bellodi mientras esperaba en su despacho que le trajeran a Arena. Y estaba pasando a la consideración de la mafia, y cómo la mafia podría adaptarse al esquema que había venido trazando, cuando el sargento hizo entrar a don Mariano Arena.

Antes de ir a donde el capitán, don Mariano había solicitado un barbero, y un carabinero le había dado una sesión de navaja que le había supuesto un auténtico alivio; ahora se pasaba la mano por la cara disfrutando de no encontrarse con la barba que, áspera como la lija, le había molestado más los dos últimos días que lo que lo habían hecho sus pensamientos.

El capitán le dijo «siéntese» y don Mariano se sentó mirándole firmemente a través de sus pesados párpados; una mirada inexpresiva que de pronto se apagó con un movimiento de la cabeza, como si las pupilas se le hubieran ido hacia arriba, y hacia dentro, por un resorte mecánico.

El capitán le preguntó si alguna vez había tenido relaciones con Calogero Dibella, alias Parrinieddu.

Don Mariano preguntó qué entendía él por relaciones; ¿simple conocimiento, amistad, intereses en común?

—Elija usted —dijo el capitán.

—La verdad es sólo una, y no hay nada que elegir: simple conocimiento.

—¿Y qué opinión tenía de Dibella?

—Me parecía un hombre juicioso. Algún pequeño error, de muchacho, pero ahora me parecía que caminaba derecho.

—¿Trabajaba?

—Lo sabe usted mejor que yo.

—Quiero oírsele a usted.

—Si hablamos de trabajar con la azada, que era el trabajo al que su padre le había encaminado, Dibella trabajaba lo que trabajamos usted y yo... Posiblemente trabajaba con la cabeza.

—¿Y qué trabajo, según usted, hacía con la cabeza?

—No lo sé, y no lo quiero saber.

—¿Por qué?

—Porque no me interesa; Dibella seguía su camino, yo el mío.

—¿Por qué me habla en pasado?

—Porque le han matado... Lo supe una hora antes de que usted mandara los carabineros a mi casa.

—Los carabineros a su casa, en realidad, se los mandó Dibella.

—Usted me quiere confundir.

—No, le mostraré lo que escribió Dibella pocas horas antes de morir —y le enseñó una fotocopia de la carta.

Don Mariano la cogió y la miró alejándola todo lo que le daba el brazo. Dijo que veía bien las cosas de lejos.

—¿Qué le parece? —preguntó el capitán.

—Nada —dijo don Mariano, restituyéndole la fotocopia.

—¿Nada?

—Nada de nada.

—¿No le parece una acusación?

—¿Acusación? —dijo, asombrado, don Mariano—. A mí no me parece nada: un pedazo de papel con mi nombre encima.

—Hay también otro nombre.

—Sí: Rosario Pizzuco.

—¿Lo conoce?

—Conozco a todo el pueblo.

—¿Pero a Pizzuco en particular?

—No en particular, como a muchos otros.

—¿No tiene relación de negocios con Pizzuco?

—Permítame una pregunta: ¿a qué negocios cree usted que me dedico?

—A varios y diversos.

—No tengo negocios, vivo de las rentas.

—¿Qué rentas?

—Tierras.

—¿Cuánta tierra posee?

—... Digamos que unas noventa hectáreas.

—¿Le dan buen rendimiento?

—No siempre, según el año.

—Como media, ¿qué rendimiento puede dar una hectárea de sus tierras?

—Una buena parte de mi tierra yo la dejo sin cultivar, para pastos... Así que no puedo decir cuánto me rinde por hectárea la

que dejo sin cultivar, puedo decir cuánto me rinden las ovejas... Limpio, como medio millón... Lo demás, en cereal, habas, almendra y aceite, depende de los años...

—¿Cuántas hectáreas serían las cultivadas?

—Cincuenta o sesenta hectáreas.

—Entonces se lo puedo decir yo, lo que rinden por hectárea: no menos de un millón.

—Está usted de broma.

—Ah, no, es usted el que está bromeando... Porque me dice que no tiene, aparte de las tierras, otras fuentes de ingreso, que no está metido en negocios industriales o comerciales... Y yo le creo, por eso interpreto que los cincuenta y cuatro millones que el año pasado depositó en tres bancos distintos, ya que no proceden de depósitos anteriores en otros bancos, representan exclusivamente el rédito de sus tierras. Un millón por hectárea, por lo tanto... Y le confieso que un perito agrícola, al que he consultado, se ha quedado estupefacto; porque, en su opinión, no hay tierra, en esta zona, que pueda dar un rendimiento neto superior a las cien mil liras por hectárea. ¿Cree usted que se equivoca?

—No se equivoca —dijo don Mariano, sombrío.

—Así que hemos empezado con mal pie... Volvamos atrás: ¿de qué fuentes proceden sus ganancias?

—No volvemos atrás para nada, yo el dinero me lo manejo como quiero... Puedo sólo precisar que no siempre lo tengo en el banco; a veces se lo presto a los amigos, sin letras de cambio, en confianza... Y, como el año pasado todo el dinero que tenía fuera me lo devolvieron, pude hacer esos depósitos en los bancos...

—Donde había ya otros depósitos, a su nombre y a nombre de su hija...

—Un padre tiene el deber de pensar en el porvenir de sus hijos.

—Es más que justo, y usted ha asegurado a su hija un porvenir de riqueza... Pero no sé si su hija podría justificar lo que ha hecho usted para asegurarle esa riqueza... Sé que actualmente está en un colegio de Lausana, carísimo, famoso... Me imagino que usted se la

encontrará muy cambiada: ennoblecida, piadosa con todo aquello que usted desprecia, respetuosa con todo aquello que usted no respeta...

—Deje en paz a mi hija —dijo don Mariano, contrayéndose con una dolorosa punzada de rabia. Y después, relajándose, como para volverse a sentir seguro, añadió—: Mi hija es como yo.

—¿Como usted?... Espero que no, y además usted está haciendo de todo para que su hija no sea como usted, para que sea distinta... Y cuando ya no reconozca a su hija, de tan distinta, usted habrá pagado de algún modo el precio de una riqueza construida con la violencia y el fraude...

—Me está echando usted un sermón.

—Tiene razón... Usted va a la iglesia a oír al predicador, y aquí quiere encontrarse al esbirro, tiene razón... Hablemos, por lo tanto, de su hija, por el dinero que le cuesta, por el dinero que usted acumula en su nombre... Mucho, muchísimo dinero; de procedencia, digamos, incierta... Mire: éstas son las fotocopias de las fichas, a su nombre y al de su hija, que tienen los bancos. Como puede ver, no sólo hemos buscado en las agencias de su pueblo, hemos llegado hasta Palermo... Mucho, muchísimo dinero. ¿Me puede explicar usted su procedencia?

—¿Y usted? —preguntó impasible don Mariano.

—Lo intentaré, porque en el dinero que usted acumula tan misteriosamente se deben buscar las razones de los crímenes que estoy investigando; y hay que aclarar de algún modo esas razones en las actas en las que le imputaré de inducción al homicidio... Lo intentaré... Pero usted también tendrá que dar una explicación al fisco, y ahora transmitiremos estos datos a la oficina fiscal...

Don Mariano hizo un gesto de indiferencia.

—Tenemos también copia de su declaración de renta y de su carta de contribución; usted ha declarado una renta...

—Igual que la mía —intervino el sargento.

—... y un pago de impuestos...

—De un poco menos que yo —volvió a decir el sargento.

—¿Ve? —dijo el capitán—. Hay muchas cosas que aclarar y que usted debe explicar...

Don Mariano volvió a hacer un gesto de indiferencia.

«Éste es el punto», pensó el capitán, «sobre el que convendría insistir. Es inútil intentar encajar en lo penal a un hombre como éste: nunca habrá pruebas suficientes, el silencio de los honrados y de los que no lo son le protegerá siempre. Y es inútil, además de peligroso, anhelar una suspensión de los derechos constitucionales. Un nuevo Mori se convertiría en un inmediato instrumento político-electoral; un brazo no del régimen, sino de una facción del régimen: la facción Mancuso-Livigni o la facción Sciortino-Caruso. Aquí habría que sorprender a la gente en el cubil del delito fiscal, como en América. Pero no sólo a las personas como don Mariano Arena; y no sólo aquí, en Sicilia. Habría que caer a plomo sobre los bancos; meter a manos expertas en la contabilidad, generalmente de doble fondo, de las grandes y las pequeñas empresas; revisar los catastros. Y todos esos zorros, viejos o nuevos, que están malgastando su olfato tras las ideas políticas o las tendencias o los arreglos entre los miembros más inquietos de esa gran familia que es el régimen, y tras los vecinos de esa familia, y tras los enemigos de esa familia, mejor harían en ponerse a husmear en torno a las villas, a los automóviles lujosos, a las mujeres o a las amantes de ciertos funcionarios; y comparar esos signos de riqueza con sus sueldos y sacar las debidas conclusiones. Solamente así comenzaría a faltarles la tierra bajo los pies a hombres como don Mariano... En cualquier otro país del mundo, una evasión fiscal como la que estoy constatando sería duramente castigada; aquí don Mariano se ríe de ella, sabe que no le costará mucho embarullar las cartas.»

—Las inspecciones fiscales, por lo que veo, no le preocupan.

—No me preocupo nunca de nada —dijo don Mariano.

—¿Y cómo es eso?

—Soy un ignorante, pero me bastan dos o tres cosas que sé: la primera es que debajo de la nariz tenemos la boca, para comer más que para hablar.

—También yo tengo la boca debajo de la nariz —le interrumpió el capitán—, pero le aseguro que solamente como lo que ustedes los sicilianos llaman el pan del gobierno.

—Lo sé, pero usted es un hombre.

—¿Y el sargento? —preguntó irónicamente el capitán señalando al sargento D'Antona.

—No lo sé —dijo don Mariano escrutando al sargento con una atención, para el sargento, molesta—. Yo —prosiguió don Mariano— tengo una cierta práctica del mundo; y lo que llamamos humanidad, y se nos llena la boca al decir humanidad, hermosa palabra llena de viento, la divido en cinco categorías: los hombres, los medihombres, los hombrecillos, los, hablando con respeto, tomaporculo y los cuacuacuá... Hombres hay poquísimos; medihombres, pocos, pues ya me daría yo por contento si la humanidad se agotara con los medihombres... Pero no, sigue descendiendo hasta los hombrecillos, que son como los niños que se creen mayores, monos que hacen los mismos gestos que los mayores... Y, todavía más abajo, los tomaporculo, que se están convirtiendo en un ejército... Y por fin los cuacuacuá, que deberían vivir como los patos en las charcas, pues su vida no tiene mayor sentido ni mayor expresión que la de los patos... Usted, aunque me clave sobre estos papeles como a un Cristo, usted es un hombre...

—Usted también —dijo el capitán con cierta emoción. Y como justificación del malestar que inmediatamente sintió por aquel saludo de armas intercambiado con un capo de la mafia, pensó que estrechaba la mano, en el clamor de una fiesta nacional y como representantes de la nación, rodeados de trompetería y banderas, al ministro Mancuso y al diputado Livigni, sobre los cuales don Mariano tenía en verdad la ventaja de ser un hombre. Más allá de la moral y de la ley, más allá de la piedad, era una masa irredenta de energía humana, una masa de soledad, una ciega y trágica voluntad; del mismo modo que un ciego reconstruye en su mente, oscuro e informe, el mundo de los objetos, don Mariano reconstruía el mundo de los sentimientos, de las leyes, de las relaciones humanas. ¿Y

qué otra noción del mundo podía tener, si a su alrededor la voz del derecho siempre había sido sofocada por la fuerza, y el viento de los acontecimientos sólo había conseguido cambiar el color de las palabras sobre una realidad inmóvil y pútrida?

—¿Por qué soy un hombre, y no un medihombre o incluso un cuacuacuá? —preguntó con exasperada dureza.

—Porque —dijo don Mariano— desde el puesto que usted ocupa es fácil poner el pie sobre la cara de un hombre, y usted en cambio tiene respeto... De personas que están donde está usted ahora, donde está el sargento, hace muchos años, recibí yo una ofensa peor que la muerte; un oficial como usted me abofeteó; y abajo, en el calabozo, un brigada me ponía la brasa del puro en la planta de los pies, y se reía... Y yo digo: ¿puede uno volver a dormir en paz cuando le han ofendido así?

—¿Por lo tanto yo no le ofendo?

—No, usted es un hombre —volvió a afirmar don Mariano.

—¿Y le parece propio de un hombre matar o hacer matar a otro hombre?

—Yo nunca he hecho nada de eso. Pero si usted me pregunta, como pasatiempo, por comentar las cosas de la vida, si es justo quitar la vida a un hombre, yo le digo: primero habrá que ver si es un hombre...

—¿Dibella era un hombre?

—Era un cuacuacuá —dijo con desprecio don Mariano—; se le fue la lengua, y las palabras no son como los perros, a los que se les puede silbar para que vuelvan.

—¿Y tenía usted motivos particulares para clasificarlo así?

—Ningún motivo, apenas lo conocía.

—Sin embargo su juicio es muy preciso, tendrá que haber elementos en los que se base... Quizás usted sabía que era un espía, un confidente de los carabineros...

—No me preocupaba eso.

—Pero lo sabía...

—Lo sabía todo el pueblo.

—Nuestras secretas fuentes de información... —dijo con ironía el capitán, volviéndose a mirar al sargento. Y a don Mariano—: Y quizá Dibella hacía algún favor a los amigos pasándonos a nosotros determinadas confidencias... ¿Qué me dice de eso?

—No lo sé.

—Pero, al menos por una vez, hace unos diez días, a Dibella se le escapó una información cierta: en este despacho, sentado donde está usted... ¿Cómo lo supo usted?

—No lo supe, y de haberlo sabido no habría sentido ni frío ni calor.

—Quizá Dibella fue a verle, a confesar su error, agitado por el remordimiento...

—Era persona de las que sienten miedo, no remordimiento; y no había ninguna razón para que viniera a verme.

—Y usted, ¿es hombre de los que sienten remordimiento?

—Ni remordimiento ni miedo, nunca.

—Algunos amigos suyos dicen que es usted muy religioso.

—Voy a la iglesia, envío dinero a los orfanatos...

—¿Cree que baste?

—Claro que basta; la Iglesia es grande porque cada cual está en ella a su manera...

—¿No ha leído nunca el Evangelio?

—Lo oigo leer cada domingo.

—¿Qué le parece?

—Bellas palabras; la Iglesia es toda ella una belleza.

—Veo que, para usted, la belleza nada tiene que ver con la verdad.

—La verdad está en el fondo de un pozo; uno mira en un pozo y ve el sol y la luna, pero si se tira ya no hay ni sol ni luna, está la verdad.

El sargento empezaba a cansarse; se sentía como un perro obligado a seguir el camino del cazador a través de un pedregal reseco, donde no distingue ni el más tenue rastro de caza. Un largo y tortuoso camino; rozaban apenas a los asesinados y de inmediato

ensanchaban el círculo: la Iglesia, la humanidad, la muerte. Una conversación de casino, Cristo bendito, y con un delincuente...

—Usted ha ayudado a muchos hombres... —dijo el capitán— a encontrar la verdad en el fondo de un pozo.

Don Mariano abrió ante su cara unos ojos fríos como monedas de níquel. No dijo nada.

—Y Dibella estaba ya en la verdad —continuó el capitán— cuando escribió su nombre y el de Pizzuco...

—Estaba en la locura, más que en la verdad.

—No estaba loco... Le hice venir inmediatamente después de la muerte de Colasberna; yo ya había recibido informaciones anónimas que me permitían relacionar el homicidio con determinados intereses... Sabía que a Colasberna se le habían dirigido propuestas y amenazas, que incluso le habían disparado, como advertencia, y pregunté a Dibella si podía darme informaciones sobre quién había hecho propuestas y amenazas a Colasberna. Trastornado, aunque no tanto como para darme una sola pista cierta, me dio dos nombres: uno de los dos, como luego comprobé, solamente para confundirme... Pero yo quería protegerle; y por otra parte no podía cometer el error de detener a los dos señalados por Dibella; a uno tenía que detenerlo, eso seguro, puesto que pertenecían a dos *cosche* enfrentadas y uno de los dos tenía que quedar necesariamente fuera: o La Rosa o Pizzuco... Mientras tanto, se denunció la desaparición de Nicolosi, y me sorprendieron ciertas coincidencias... Y también Nicolosi, antes de desaparecer, nos había dejado un nombre. Le echamos el guante a un tal Diego Marchica, a quien seguramente usted conoce; y ha confesado...

—¿Diego? —estalló, incrédulo, don Mariano.

—Diego —confirmó el capitán; y ordenó al sargento leer la confesión.

Don Mariano siguió la lectura con un resuello que parecía de asma pero que, en realidad, era de rabia.

—Diego, como ve, nos ha llevado hasta Pizzuco sin hacerse rogar, y Pizzuco a usted...

—A mí no os lleva ni Dios —dijo con seguridad don Mariano.

—Usted le tiene mucho aprecio a Pizzuco —constató el capitán.

—No tengo aprecio por ninguno, pero les conozco a todos.

—No quiero desilusionarle en lo concerniente a Pizzuco, tanto más cuanto que Diego ya le ha dado una gran desilusión.

—Es un cornudo —soltó don Mariano, la cara deformada por una náusea incontenible, lo cual fue señal de inesperado derrumbe.

—¿No le parece que es un poco injusto? Diego ni siquiera le señaló a usted.

—¿Y yo qué tengo que ver?

—¿Y entonces por qué se enfada, si no tiene nada que ver?

—No me enfado, lo siento por Pizzuco, que es un hombre cabal... Yo, cuando veo infamias, me inquieto.

—¿Puede usted garantizar que todo lo que ha dicho Marchica acerca de Pizzuco es totalmente falso?

—Yo no puedo garantizar nada, ni siquiera una letra de cambio de un céntimo.

—Pero no cree que Pizzuco sea culpable.

—No lo creo.

—¿Y si fuese el propio Pizzuco quien lo confesara, y le señalara a usted como cómplice?

—Diría que no está en sus cabales.

—¿No fue usted quien le encargó a Pizzuco que eliminase, por las buenas o por las malas, a Colasberna?

—No.

—¿No tiene usted participación o intereses en empresas de la construcción?

—¿Yo? Ni por pienso.

—¿No fue usted quien recomendó a la empresa Smioldo para una gran contrata, obtenida mediante procedimientos, por decirlo así, inusitados, gracias a su recomendación?

—No... Sí, pero recomendaciones las hago yo a miles.

—¿De qué tipo?

—De todo tipo: una contrata, un puesto en el banco, un diploma de bachillerato, un subsidio...

—¿A quién dirige sus recomendaciones?

—A los amigos que pueden hacer algo.

—Pero, normalmente, ¿a quién?

—A quien sea más amigo, a quien más pueda hacer.

—¿Y no gana así alguna ventaja, algún provecho, alguna señal de reconocimiento?

—Gano amistad.

—Sin embargo, alguna vez...

—Alguna vez, en Navidad, me regalan la *cassata*.^[20]

—O un cheque; el contable Martini, de la firma Smioldo, se acuerda de un cheque a su nombre, por una gran cifra, del ingeniero Smioldo; el cheque pasó por sus manos... ¿Era quizás en señal de reconocimiento por la importante contrata obtenida, o acaso la compañía había obtenido de usted otros servicios?

—No lo recuerdo; podría incluso ser una restitución.

—Detendremos al ingeniero Smioldo, ya que usted no se acuerda.

—Bien, así no tendré que esforzarme tanto en recordar... Soy viejo, mi memoria algunas veces tropieza.

—¿Puedo apelar a su memoria por lo que respecta al menos a un hecho más reciente?

—Veamos.

—La contrata de la carretera Monterosso-Falcone; aparte el hecho de que usted consiguiera obtener la financiación para una carretera completamente inútil, sobre un trazado imposible, y que tengamos la prueba de que fue usted quien obtuvo esa financiación en el artículo de un corresponsal local que le elogia; aparte de eso, ¿no le debe a usted la empresa Fazello la concesión de la contrata? Eso me ha dicho el señor Fazello, y no creo que tuviera razones para mentir.

—No las tenía.

—¿Y supo, de una forma u otra, demostrarle reconocimiento?

—¿Cómo no? Vino aquí a darles el soplo de toda la historia; me ha pagado lo debido y con propina.

Habían recogido los pases en la puerta de la Via della Missione una hora antes de que comenzara la sesión. Habían deambulado por la galería, junto al café Berardo, entreteniéndose en mirar las revistas expuestas en los quioscos. Roma se extasiaba en una dulce espera de luz, en un sereno paseo apenas alterado por el deslizarse de los automóviles y por el largo chirriar de los trolebuses. La voz de los vendedores de prensa, el nombre de su pueblo gritado por los vendedores de prensa junto a la palabra «crímenes», sonaba irreal y lejana. Llevaban dos días fuera del pueblo; habían hablado ya con dos penalistas de renombre, un ministro, cinco o seis diputados y tres o cuatro maleantes buscados por la policía y que en las fondas y los cafés del Testaccio disfrutaban del dorado ocio de Roma; se sentían bastante tranquilos, y la invitación del *onorevole* a visitar Montecitorio y asistir a una sesión en la que el Gobierno tenía que responder a las interpelaciones sobre el orden público en Sicilia, les había parecido el modo más grato de concluir una jornada extenuante. Los periódicos de la tarde decían que el arresto de Marchica, Pizzuco y Arena había pasado ya a ser prisión preventiva: el ministerio fiscal había expedido las órdenes correspondientes. Según lo que los periódicos habían conseguido olfatear, Marchica había confesado un homicidio y había cargado con otro a Pizzuco; Pizzuco había admitido su involuntario concurso en los dos homicidios cometidos por Marchica: dos y no uno, como Marchica había confesado; y Arena no había admitido nada, y ni Marchica ni Pizzuco habían hecho alusión a su complicidad. Pero el ministerio fiscal había expedido las órdenes por homicidio premeditado contra Marchica, por homicidio premeditado e inducción al homicidio contra Pizzuco, y por inducción al homicidio contra Arena. Fea situación, aunque vista desde Roma, en aquella hora que parecía recrear a la ciudad

en la feliz y aérea libertad de una pompa de jabón, luminosa, irisada por el colorido de las mujeres y de los escaparates, aquellos mandamientos de prisión parecían elevarse, ligeros como cometas, a formar un carrusel en lo alto de la Columna Antonina.

Ya era casi la hora. Los dos se adentraron por el pasaje subterráneo; y entre aquel flujo variopinto que la luz fluorescente de los escaparates había hecho aún más vivido, ambos, con sus gabanes oscuros, las caras negras como la del santo patrono de S., los signos de luto, el silencioso lenguaje de recíprocos codazos y miradas admirativas con el que se señalaban y saludaban el paso de las mujeres guapas, con sus andares presurosos, llamaron por un momento la atención de la gente. La mayoría les tomó por agentes de la policía que estaban siguiendo a un carterista; en cambio, juntos, no eran más que un pedazo de la cuestión meridional.

Los ujieres de la Cámara les observaron con desconfianza, comprobaron sus pases, les pidieron sus tarjetas de identidad; después les invitaron a quitarse los gabanes. Finalmente les acompañaron a un palco, igual que un palco de teatro; pero la sala no se parecía a un teatro; se asomaron a ella como desde el borde de un inmenso embudo: abajo, un sombrío y fluido hormiguero. La luz era la misma que en su pueblo anunciaba la llegada de ciertas tormentas, cuando las nubes, empujadas por el viento del Sahara, recogíéndose en un lento rebullir, filtraban una luz de arena y de agua; una curiosa luz, que daba a las cosas una superficie de raso.

Antes de que izquierda, centro y derecha, desde los abstractos conceptos que estaban en sus mentes, tomaran cuerpo en la concreta topografía de la Cámara y en las caras más conocidas, necesitaron un poco de tiempo. Cuando la cara de Togliatti apareció desde detrás de un periódico, supieron que tenían enfrente a la izquierda. Giraron la mirada, con la lenta precisión de un compás, hacia el centro; se detuvieron ante la cara de Nenni, luego la de Fanfani; y, por fin, allí estaba el *onorevole* al que debían el espectáculo, parecía que les estuviera mirando y le hicieron un

gesto de saludo con la mano; pero el *onorevole* no se dio cuenta, quién sabe qué estaría mirando con sus pensamientos. Lo que les impresionaba era el movimiento de los ujieres, continuo de un escaño a otro: parecía dotar a toda la sala del mecánico movimiento de un telar. Y ascendía un murmullo que parecía pertenecer, uniforme y continuo, al vacío de la sala más que a la presencia de aquellos grupos de personas, tristes y abstraídas, en el anfiteatro de escaños.

De vez en cuando sonaba una campanilla. Luego, una voz comenzó a flotar en aquella luz de arena, parecía alzarse como una mancha de aceite sobre el nivel gradualmente creciente del murmullo de la sala. No conseguían localizar de dónde surgía aquella voz; no hasta que sus ojos descendieron desde el presidente que agitaba la campanilla hasta el que debía de ser el banco del Gobierno, ya que allí tendría que haberse sentado, junto al hombre que hablaba, el ministro Pella.

—Queremos al ministro —gritaron en los escaños de la izquierda.

El presidente tocó la campanilla; dijo que el ministro no había podido, que estaba el subsecretario, que era lo mismo, que le dejaran hablar, que nadie había querido faltar al respeto a la Cámara. Como si hubiera dicho misa.

—El ministro, el ministro —siguieron gritando desde la izquierda.

—Dejadle hablar, santo Cristo —dijo uno de los dos espectadores, pero sólo al oído de su compañero.

Le dejaron hablar.

El subsecretario dijo que el Gobierno no veía, respecto a la situación del orden público en Sicilia, motivos de particular preocupación.

Clamor de protesta en la izquierda, que se estaba atenuando cuando desde la derecha una voz gritó:

—Hace veinte años en Sicilia se dormía con las puertas abiertas.

Los diputados, desde la izquierda hasta casi el centro, se pusieron en pie vociferando. Los dos se asomaron a la tribuna para

ver al fascista que, bajo ellos, con voz de toro, respondía:

—Sí, hace veinte años había orden en Sicilia, y vosotros lo habéis destruido —y dirigió su mano, señalando con el índice acusador, desde Fanfani hasta Togliatti.

Los dos veían la cabeza rapada y la mano acusadora; concordes, murmuraron: «El orden de los cuernos que tienes en la cabeza».

El sonido de la campanilla fue prolongado y frenético. El subsecretario reanudó su parlamento. Dijo que acerca de los sucesos acaecidos en S., a los que se referían los diputados interpelantes, el Gobierno no tenía nada que decir, estando en curso la investigación judicial; consideraba, de todos modos, el Gobierno, que tales sucesos derivaban de la delincuencia común, rechazando la interpretación que le daban los diputados interpelantes; y rechazaba orgullosa y desdeñosamente, el Gobierno, la insinuación, que las fuerzas de izquierda venían haciendo en sus periódicos, de que miembros del Parlamento, o incluso del Gobierno, tuvieran la menor relación con elementos de la llamada mafia, la cual, en opinión del Gobierno, no existía sino en la imaginación de los socialcomunistas.

La izquierda, que ya estaba abarrotada de diputados, alzó un trueno de protesta. Un diputado alto, canoso, casi calvo, bajó de su escaño para dirigirse hacia el banco del Gobierno. Se encontró delante tres ujieres. Lanzó al subsecretario ciertos insultos que hicieron pensar a los dos espectadores «esto acaba a navajazos». La campanilla había enloquecido. Desde la derecha, saltando como si fuera un grillo, el diputado de la cabeza rapada se plantó en el centro de la sala; otros asistentes corrieron a detenerle. Gritó sus insultos hacia la izquierda. La palabra «cretino» voló en bandadas, en oleadas, pasó rozando su cabeza maciza como las flechas de los indios la de Buffalo Bill.

«Aquí haría falta un batallón de carabineros», pensaron los dos, admitiendo por primera vez en su vida que los carabineros pudieran servir para algo.

Miraron hacia donde estaba el *onorevole*. Estaba tranquilo; se apercibió de su mirada y, sonriendo, les hizo un saludo con la mano.

Era la indolente tarde de Parma, tocada por una luz que se consumía, que ya era lontananza, memoria, indecible ternura. El capitán Bellodi, como en una dimensión ya reflejada en el espejo de la memoria, caminaba por las calles de su ciudad; y tenía presente y viva, peso de muerte y de injusticia, a la lejana Sicilia.

Había sido requerido en Bolonia para testificar, como redactor, en un proceso; y, terminado el proceso, no se había sentido con ánimos para volver a Sicilia; a sus agotados nervios le resultarían más agradables de lo habitual, y más sosegadas, unas vacaciones en Parma, con su familia. De modo que solicitó un permiso por enfermedad, que le fue concedido, de un mes.

Ahora, casi a la mitad de su permiso, por un fajo de periódicos locales que el sargento D'Antona había tenido la buena idea de enviarle, sabía ya que toda su precisa reconstrucción de los hechos de S. se había derrumbado como un castillo de naipes ante el sople de incontestables coartadas. O mejor dicho: había bastado una sola coartada, la de Diego Marchica, para derrumbarlo. Personas sin tacha, absolutamente insospechables, respetabilísimas por extracción social y por cultura, habían testificado ante el juez instructor la imposibilidad de que Diego Marchica hubiese podido disparar a Colasberna y de que hubiese sido reconocido por Nicolosi, al encontrarse Diego ese día, y a la hora en que había sido cometido el delito, a la considerable distancia de setenta y seis kilómetros, los que, en efecto, median entre S. y P., donde Diego, en un jardín propiedad del doctor Baccarella, y ante los ojos del doctor, hombre acostumbrado a levantarse de la cama temprano y a seguir los trabajos del jardín, estaba ocupado en la serena y pacífica tarea de hacer llover agua sobre el césped mediante una manga de riego. Y de ello, no sólo el doctor, sino paisanos y transeúntes, seguros

todos ellos de la identidad de Diego, podían dar testimonio con límpida memoria.

La confesión en presencia del capitán Bellodi, había explicado Diego, se debía a una especie de despecho: el capitán le había hecho creer que Pizzuco lo había infamado, y él, ciego de ira, había querido devolver el golpe; y se había autoinculcado, para perjudicar a Pizzuco. Por su parte, al encontrarse acusado por Diego, Pizzuco había lanzado su fuego de artificio de mentiras, cargándose de pequeñas culpas con tal de poner la piedra en el cuello de Marchica, que le había infamado. ¿La escopeta? He aquí: como Pizzuco debía responder por tenencia ilícita, el hecho de haberle encargado a su cuñado que la hiciera desaparecer sólo se debía a la preocupación de saber que el arma estaba prohibida por las leyes.

En cuanto a don Mariano, fotografiado y entrevistado por los periódicos, inútil decir que el paciente zurcido de indicios que el capitán y el fiscal habían hecho en su contra, se había disuelto en el aire, y una aureola de inocencia le iluminaba una cabeza cargada, incluso en las fotografías, de sabia malicia. A un periodista que le preguntó por el capitán Bellodi, don Mariano le había dicho «es un hombre», y al insistir el periodista en si con hombre quería decir «sujeto a error» o si acaso no faltaría un adjetivo que completase ese juicio, don Mariano había dicho «qué adjetivo ni qué adjetivo, el hombre no necesita de adjetivo; y si digo que el capitán es un hombre, es un hombre, y basta», respuesta que el periodista juzgó sibilina, y dictada seguramente por la irascibilidad, probablemente por el mal humor. Pero don Mariano había querido expresar, como un general victorioso ante el adversario derrotado, un juicio sereno, un elogio; y de este modo venía a añadir un toque de ambigüedad, de placer e irritación al tiempo, a los sentimientos que se agitaban tempestuosos en el ánimo del capitán.

Otras noticias, marcadas en rojo por el sargento D'Antona, decían que, naturalmente, se habían reabierto las investigaciones sobre los tres homicidios, y que el equipo móvil de la Seguridad Pública estaba ya sobre la buena pista para la solución del caso

Nicolosi, habiendo detenido a la viuda y al amante de ésta, un tal Passerello, sobre quienes pesaban gravísimos indicios, inexplicablemente descuidados por el capitán Bellodi. Otra de las noticias marcadas, en una página de información provincial, decía que el brigada Arturo Ferlisi, al mando del puesto de S., había sido trasladado, a petición propia, a Ancona, y el corresponsal del periódico, reconociéndole su equilibrio y habilidad, le despedía con sus mejores saludos y augurios.

Rumiando estas noticias e inflamado de impotente rabia, el capitán iba sin rumbo fijo por las calles de Parma, aunque parecía dirigirse a una cita, y preocupado por llegar con retraso. Y no oyó a su amigo Brescianelli que le llamaba por su nombre desde la acera opuesta; y se quedó sorprendido y contrariado cuando su amigo le alcanzó y se detuvo delante de él, sonriente y afectuoso, reclamando en tono de broma al menos un saludo en nombre de los alegres y, ¡ay!, lejanos días del instituto. Bellodi, en tono serio, se disculpó por no haberle oído, dijo que no se encontraba bien, olvidando que Brescianelli era médico y que no hubiera soltado fácilmente a un viejo amigo que no se encontraba bien.

En efecto, retrocedió un paso para observarlo mejor, constató que había adelgazado, se notaba por el abrigo que le quedaba un tanto holgado y flojo; luego se le acercó para mirarle a los ojos, que tenían en el blanco, dijo, un poco de tierra de Siena, lo que significaba disfunción hepática, y le preguntó por sus síntomas y le nombró medicinas. Bellodi le escuchaba con una sonrisa distraída.

—¿Me escuchas? —dijo Brescianelli—. ¿O acaso te estoy molestando?

—No, no —protestó Bellodi—, estoy encantado de volver a verte. Al contrario, ¿adónde vas?... —y sin esperar a su respuesta cogió del brazo a su amigo y le dijo—: Te acompaño.

Y apoyándose en el brazo del amigo, un gesto que casi había olvidado, sintió de veras necesidad de compañía, necesidad de hablar, de distraer su cólera con recuerdos lejanos.

Pero Brescianelli le preguntó por Sicilia: cómo era, cómo se vivía allá; y por los crímenes.

Bellodi dijo que Sicilia era increíble.

—Pues sí, dices bien: increíble... Yo también he conocido a sicilianos, extraordinarios... Y ahora tienen su autonomía, su gobierno... El gobierno de la *Iupara*, digo yo... Increíble, ésa es la palabra.

—Increíble lo es también Italia, y hace falta ir a Sicilia para constatar lo increíble que es Italia.

—Quizá toda Italia se está convirtiendo en Sicilia... A mí se me ocurre una fantasía, cuando leo en los periódicos los escándalos del gobierno regional: los científicos dicen que la línea de la palmera, es decir el clima propicio a la vegetación de la palmera, está subiendo hacia el norte, quinientos metros, creo, cada año... La línea de la palmera... Yo, sin embargo, digo la línea del café corto, del café concentrado... que sube como la columna de mercurio de un termómetro, esa línea de la palmera, del café fuerte, de los escándalos: por Italia hacia arriba, y ya está más allá de Roma... — de pronto se detuvo y dijo a una joven sonriente que venía a su encuentro—: También tú eres increíble, guapísima...

—¿Cómo que también yo? ¿Quién es la otra?

—Sicilia... Mujer ella también: misteriosa, implacable, vengativa y bellísima... Como tú. El capitán Bellodi, a quien te presento, me estaba hablando de Sicilia... Y ésta es Livia —dijo volviéndose a Bellodi—, Livia Giannelli, a la que quizá recuerdes de niña, y ahora es una mujer, y que no quiere saber nada de mí.

—¿Viene usted de Sicilia? —preguntó Livia.

—Sí —dijo Brescianelli—, viene de Sicilia; está allá abajo ejerciendo, como dicen ellos, de esbirro hediondo. —Y pronunció la expresión imitando la voz cavernosa y el acento catanés de Angelo Musco.^[21]

—Yo adoro Sicilia —dijo Livia, y se colocó entre ambos, cogiéndolos del brazo.

«Esto es Parma», pensó Bellodi con repentina felicidad, «ésta es una chica de Parma: estás en tu casa, al diablo con Sicilia»; pero Livia quería oír las cosas increíbles de la increíble Sicilia.

—Yo estuve una vez en Taormina, y en Siracusa, a ver las representaciones de teatro clásico; pero me han dicho que para conocer bien Sicilia hace falta ir al interior... ¿Usted en qué ciudad reside?

Bellodi dijo el nombre del pueblo; ni Livia ni Brescianelli lo habían oído nunca.

—¿Y cómo es? —preguntó la chica.

—Un pueblo viejo, de casas encaladas, con calles empinadas y escalones, y en lo más alto de cada calle, de cada escalinata, hay una iglesia fea...

—¿Y los hombres? ¿Son muy celosos, los hombres?

—En cierto modo —dijo Bellodi.

—¿Y la mafia? ¿Qué es esa mafia de la que siempre hablan los periódicos?

—Eso: ¿qué es la mafia? —insistió Brescianelli.

—Es muy complicado de explicar —dijo Bellodi—, es... increíble, eso es.

Comenzaba a caer un aguanieve punzante, el cielo blanco prometía una larga nevada. Livia propuso que le acompañasen a su casa; vendrían amigas suyas, podrían escuchar unas piezas formidables de viejo jazz, un milagro haber conseguido esos discos; y habría un buen whisky escocés y coñac Carlos I.

—¿Y de comer? —preguntó Brescianelli. Livia prometió que también habría comida.

Encontraron a la hermana de Livia y a otras dos chicas tumbadas sobre una alfombra, al amor de la lumbre; al lado tenían sus vasos mientras en el tocadiscos el *Funeral en el Vieux Colombier*, de Nueva Orleans, sonaba obsesivo. También ellas adoraban Sicilia. Se estremecieron deliciosamente por las navajas que, según ellas, los celos sacaban a relucir. Compadecieron a las mujeres sicilianas y, un poco, las envidiaron. El rojo de la sangre se

convirtió en el rojo de Guttuso.^[22] Del gallo de Picasso, que ilustraba la cubierta de *Il bell'Antonio* de Brancati,^[23] dijeron que era un delicioso emblema de Sicilia. De nuevo se estremecieron pensando en la mafia; y pidieron explicaciones, relatos de las cosas terribles que, seguramente, el capitán había visto.

Bellodi contó la historia del médico de una cárcel siciliana que se había empeñado, justamente, en acabar con el privilegio de que los detenidos mafiosos residieran en la enfermería; había en la cárcel muchos enfermos, incluso algunos tuberculosos, que estaban en las celdas y en dormitorios comunes, mientras los cabecillas, sanísimos, ocupaban la enfermería para disfrutar de mejor trato. El médico ordenó que volvieran a las dependencias comunes y que los enfermos fueran a la enfermería. Ni los funcionarios ni el director hicieron caso a la disposición del médico. El médico escribió al ministerio. Y entonces, una noche le llamaron de la cárcel, le dijeron que un detenido necesitaba con urgencia un médico. El médico fue. En el interior de la cárcel, en un momento dado, se encontró solo en medio de los detenidos; los cabecillas le dieron una paliza, cuidadosamente, con prudencia. Los guardias no se enteraron de nada. El médico denunció la agresión al fiscal, al ministerio. Los cabecillas, no todos, fueron trasladados a otra cárcel. El médico fue apartado de su cargo por el ministerio, ya que su celo había dado lugar a incidentes. Como militaba en un partido de izquierda, se dirigió en busca de apoyo a sus compañeros de partido; le respondieron que era mejor dejarlo.

Al no haber podido obtener satisfacción por la ofensa recibida, se dirigió entonces a un capo de la mafia: que al menos le diesen la satisfacción de hacer que le pegaran, en la cárcel a la que había sido trasladado, a uno de los que le habían pegado a él. Poco después recibió plena seguridad de que se había pegado debidamente al culpable.

A las chicas el episodio les pareció delicioso. A Brescianelli le pareció escalofriante.

Las chicas prepararon emparedados. Comieron, bebieron whisky y coñac, escucharon jazz, siguieron hablando de Sicilia, y luego de amor, y luego de sexo. Bellodi se sentía como un convaleciente: sensibilísimo, tierno, hambriento. «Al diablo Sicilia, al diablo todo.»

Volvió a casa hacia la medianoche, atravesando toda la ciudad a pie. Parma estaba hechizada de nieve, silenciosa, desierta. «En Sicilia son raras las nevadas», pensó; y que quizás el carácter de las civilizaciones venía dado por la nieve o por el sol, según predominasen nieve o sol. Se sentía un poco confuso. Pero antes de llegar a su casa sabía, lúcidamente, que amaba Sicilia, y que volvería.

—Aunque me deje la piel —dijo en voz alta.

Nota

«Disculpad la extensión de esta carta», escribía un francés (o una francesa) del gran siglo XVIII, «pues no he tenido tiempo de hacerla más corta.» Ahora yo, por lo que respecta a la observancia de la buena regla de hacer corto incluso un relato, no puedo decir que me haya faltado tiempo: en realidad he empleado un año, de un verano a otro, en hacer más corto este relato; no intensamente, se entiende, sino al margen de otros trabajos y de otras preocupaciones. Pero el resultado al que ese trabajo mío de *quitar* quería llegar se dirigía, más que a dar medida, esencialidad y ritmo al relato, a parar las eventuales y posibles intolerancias de aquellos que pudieran considerarse, más o menos directamente, afectados por mi representación. Porque en Italia, ya se sabe, no se puede bromear *né coi santi né coi fanti*,^[24] así que imaginemos si, en lugar de bromear, se quiere hacer en serio. Los Estados Unidos de América pueden tener, en la narrativa y en el cine, generales imbéciles, jueces corruptos y policías bribones. También Inglaterra, Francia (al menos hasta hoy), Suecia, etcétera, etcétera. Italia nunca los ha tenido, no los tiene, ni los tendrá. Así es. Y es necesario, como dice Giusti de aquellos embajadores a los que Barnabò Visconti hizo engullir una bula, con su pergamino y sellos de plomo, es necesario, digo, gritarlo. No me siento tan heroico como para desafiar imputaciones de ultraje y de vilipendio; no soy capaz de hacerlo deliberadamente. Por eso, cuando me percaté de que mi imaginación no había tenido en su debida cuenta los límites que imponen las leyes del Estado y, más que las leyes, la

susceptibilidad de quienes las hacen respetar, me puse a quitar y a quitar. Sustancialmente, de la primera a la segunda versión, la línea del relato ha quedado inalterada; ha desaparecido algún personaje, algún otro se ha retirado al anonimato, alguna secuencia ha caído. Puede ser que el relato haya ganado con ello.

Pero es cierto, de todos modos, que no lo he escrito con esa plena libertad que un escritor (y me digo escritor solamente por el hecho de que me encuentro escribiendo) debiera siempre disfrutar.

Inútil es decir que no hay en el relato personaje o hecho alguno que tenga relación, a no ser fortuita, con personas existentes ni hechos acaecidos.

Apéndice

Escribí este relato en el verano de 1960. Entonces el Gobierno no sólo se desinteresaba del fenómeno de la mafia, sino que explícitamente lo negaba. La sesión de la Cámara de los Diputados, representada en estas páginas, con la respuesta del Gobierno a una interpelación sobre el orden público en Sicilia, es sustancialmente cierta. Y parece increíble, teniendo en cuenta que tres años después se ponía en funcionamiento una comisión parlamentaria de investigación sobre la mafia.

En aquel momento existían investigaciones y estudios suficientes sobre la mafia como para dar al Gobierno y a la opinión pública nacional la información más precisa: aún no publicada, aunque conocida por sus conclusiones, la investigación parlamentaria sobre las condiciones económicas y sociales de Sicilia (1875) y otra paralela, realizada por propia iniciativa por dos jóvenes estudiosos, Leopoldo Franchetti y Sydney Sonnino (quien luego iba a llegar, en 1906 y en 1910, a presidir el Consejo de Ministros); los escritos de Napoleone Colajanni; el ensayo de un exfuncionario de la Seguridad Pública, Giuseppe Alongi, titulado *Maffia*; las memorias del exprefecto Cesare Mori, que en los años del fascismo fue enviado a Sicilia para reprimir, con plenos poderes, toda manifestación mafiosa. Pero en cuanto a obras literarias, novelas, relatos, teatro, que acceden e informan a un público más vasto mejor que el ensayo y la investigación, había solamente dos: una de nivel popular, y era popularísima, que representaba a un mundo de pequeños mafiosos de barrio —ladrones tiránicos y violentos, aunque no carentes de

sentimiento y susceptibles de redención— que se llamaba *I mafiusi di la Vicaria* (comedia en dialecto de Giuseppe Rizzotto y Gaspare Mosca, donde la Vicaria era la cárcel de Palermo, entonces tan famosa como hoy la de Ucciardone); la otra, *Mafia*, escrita para el teatro, en italiano, por Giovanni Alfredo Cesareo (profesor en la Universidad de Palermo, poeta y traductor de Shakespeare), que representaba a una burguesía que asumía la mafia casi como una ideología y la practicaba como regla de vida, de las relaciones sociales, de la política. Ambas obras, cada una en su nivel, eran una apología no de la mafia como asociación para delinquir (que en ese sentido se negaba que existiese), sino de lo que el mayor estudioso de las tradiciones populares sicilianas, Giuseppe Pitre, llamaba «el sentir mafioso», es decir, de una visión de la vida, de una regla de comportamiento, de un modo de realizar la justicia, de administrarla, fuera de la ley y de los órganos del Estado.

Pero la mafia era, y es, otra cosa: un «sistema» que en Sicilia contiene y mueve los intereses económicos y de poder de una clase que, de modo aproximado, podemos llamar burguesa; y que no surge y se desarrolla en el «vacío» del Estado (o sea cuando el Estado, con sus leyes y funciones, es débil o falta) sino «dentro» del Estado. La mafia, en suma, no es sino una burguesía parasitaria, una burguesía que no emprende sino que solamente explota.

El día de la lechuza, en efecto, no es sino un «por ejemplo» de esa definición. Es decir: la escribí, entonces, con esa intención.

Pero quizá sea también un buen relato.

Leonardo Sciascia, 1972

(«Advertencia» escrita por Sciascia con ocasión de la publicación de *El día de la lechuza* en la colección «Lecturas para la escuela secundaria», de la editorial Einaudi.)

Notas

[1] La *lupara* es la escopeta característica de la delincuencia siciliana, originalmente utilizada por los campesinos para enfrentarse al lobo, *lupo*. (N. del T.) <<

[2] Miliciano, perteneciente a la Milizia Volontaria per la Sicurezza Nazionale, una organización paramilitar fascista. *(N. del T.)* <<

[3] Se refiere a Luigi Lombardi, quien fue Comandante Generale dell'Arma dei Carabinieri entre el 15 de octubre de 1958 y el 28 de febrero de 1961. (*N. del T.*) <<

[4] «*Valet ima summis / mutare et insignem attenuat deus*», Horacio, *Carm.* I, XXXIV («El dios puede elevar lo ínfimo a supremo y humillar al insigne.») (N. del T.) <<

[5] «Han matado al compadre Turiddu», frase perteneciente a la escena final de la ópera *Cavalleria rusticana*, de Mascagni. (N. del T.) <<

[6] Las fiestas en honor de santa Rosalía, que se celebran en Palermo a mediados de julio, se cierran con una concurrida exhibición de fuegos artificiales. (*N. del T.*) <<

[7] Umberto Terracini (Genova, 1895-Roma, 1983) fue uno de los fundadores del Partido Comunista Italiano. Diputado desde 1922 y encarcelado durante once años durante el fascismo, tras la guerra llegó a ser el presidente de la Asamblea Constituyente que en 1947 aprobó la Constitución de la República italiana. *(N. del T.)* <<

[8] Se refiere a Attilio Bertolucci (1911-2000), poeta parmesano. (*N. del T.*) <<

[9] Se refiere a las iniciales de Vittorio Emanuele III de Saboya, último rey de Italia. (*N. del T.*) <<

[10] «Quien se trata con los esbirros se queda sin vino y sin cigarros.» (*N. del T.*) <<

[¹¹] Esercito Volontario per l'Indipendenza della Sicilia, guerrilla separatista comandada por el famoso bandolero Salvatore Giuliano entre 1945 y 1950. (*N. del T.*) <<

[12] Cesare Mori, gobernador de Sicilia durante el fascismo, que pasó a la historia de la isla como «el prefecto de hierro». (*N. del T.*)

<<

[13] El 8 de septiembre de 1943 se proclamó el armisticio por el que Italia se rendía a las fuerzas angloamericanas, lo que provocó la ocupación alemana. (*N. del T.*) <<

[14] Vittorio Emanuele Orlando (Palermo, 1860-1952), jurista y político, fue ministro en diversas carteras antes de ser primer ministro entre 1917 y 1919. A su vuelta a Italia, tras un largo exilio, fue presidente de la Cámara de diputados de 1944 a 1946 y senador vitalicio desde 1948. (*N. del T.*) <<

[15] «Ni siquiera se abstuvo de criticar a los personajes más ilustres», frase que Suetonio refiere al gramático Lucio Orbillo, en *De grammaticis et rhetoribus*, 1.9. (N. del T.) <<

[16] «Salí para matar a uno y me tocó matar a dos.» (*N. del T.*) <<

[17] «Muere, Sansón, con todos los compañeros.» (*N. del T.*) <<

[18] Maga que, en Italia, equivale a los Reyes Magos. Lleva regalos a los niños la noche que precede a la Epifanía. (*N. del T.*) <<

[19] Farfarello es un demonio grotesco que Dante Alighieri introduce en varios cantos del *Infierno*, en *La Divina Comedia*. (N. del T.) <<

[20] Tarta tradicional siciliana hecha a base de ricotta, azúcar, mazapán y decorada con fruta glaseada u otros ingredientes. (*N. del T.*) <<

[21] Angelo Musco (1872-1937), cómico siciliano de teatro y de cine que alcanzó gran popularidad en toda Italia. Luigi Pirandello escribió varias obras expresamente para él. (*N. del T.*) <<

[22] Renato Guttuso (1911-1987), pintor siciliano, principal exponente italiano del expresionismo. (*N. del T.*) <<

[23] Vitaliano Brancati (1907-1954), escritor siciliano, cultivó la narrativa neorrealista y fue también director de cine y teatro. (*N. del T.*) <<

[24] «Ni con santos ni con niños.» (*N. del T.*) <<



Leonardo Sciascia nació en 1921 en Racalmuto, Sicilia. Estudió magisterio en Caltanissetta y dedicó parte de su juventud a la enseñanza. Posteriormente empezó una brillante carrera periodística para convertirse más tarde en uno de los novelistas italianos más importantes de la posguerra. Murió en 1989 en Palermo, a la edad de 68 años. Su obra, así como su activismo político, estuvieron marcados por una decidida oposición a cualquier manifestación abusiva del poder, y en muchos de sus libros asoman personajes e historias reales.